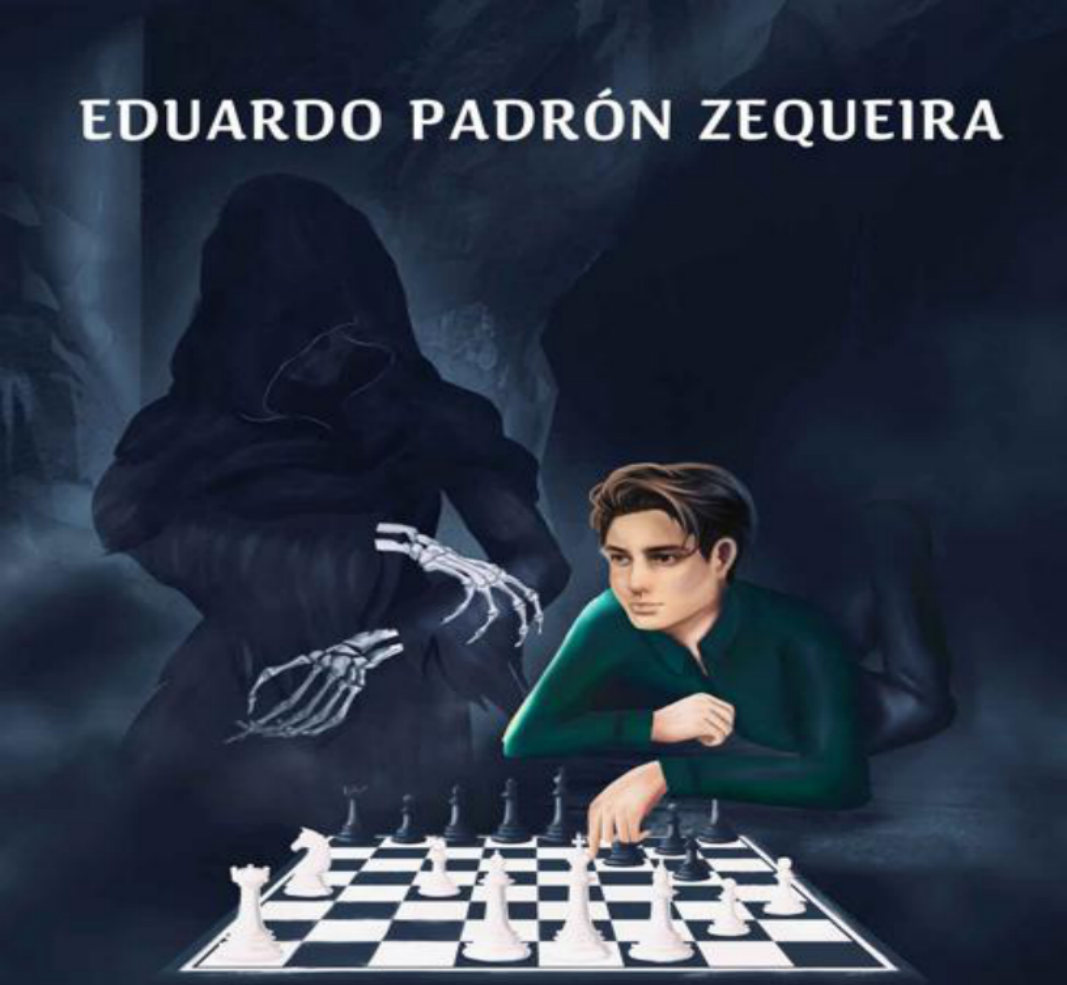
EDUARDO PADRÓN ZEQUEIRA



HASTA LA MUERTE PUEDE SONREÍR

HASTA LA MUERTE PUEDE SONREÍR

EDUARDO PADRÓN ZEQUEIRA

Sinopsis

Paulo es un joven que ha sufrido los reveses de la vida y no ha conseguido alcanzar la felicidad. En el presente trata de buscarla en brazos de Karla, su gran amor, pero el destino hace que todo se complique.

Tras un accidente, Paulo cree haberlo perdido todo y quiere dejar de vivir, no obstante, recibirá la ayuda de un misterioso visitante: la muerte.

Esta le propone un trato: Él le enseña las cosas buenas de la vida y a cambio ella le concederá aquello que más desea en esos momentos.

Tras aceptar el trato, ambos se verán envueltos en un tira y afloja, al más puro estilo del ajedrez, donde se conocerán y ayudarán de forma mutua, llegando a descubrir Paulo algo que nunca habría imaginado:

HASTA LA MUERTE PUEDE SONREÍR

HASTA LA MUERTE PUEDE SONREÍR

«El infinito cielo y la gran madre tierra, el placentero bien y el agobiante mal, la luz que ilumina nuestros caminos y la noche que ciega nuestros senderos, la armonía del paraíso y los tormentos del infierno, en fin, la vida y la muerte. Una sensación pavorosa corre por nuestro cuerpo levantando cada vello de pies a cabeza al escuchar esta última. Condenados por Eva, obligados a vagar por un futuro inevitable donde el pecado juzga nuestro destino.

La muerte, u osada muerte, ¿qué seríamos sin ti?, una vida sin final sería como un libro infinito, no tendría sentido, mantener el equilibrio es solo tu trabajo. Tú no juzgas, solo das paz eterna, ya la humanidad ha sido juzgada, nadie lo ha hecho, fuimos nosotros mismos los que decidimos nuestro destino, porque seremos tratados en el otro mundo como tratamos a los demás en el nuestro, nos medirán con la misma vara, la cual nosotros usamos para medir. La muerte no tiene culpa de nada, ella inocente es, tiene tanto trabajo que ajena es a la vida. No es juez, no es fiscal, de su mano el paraíso no salió y el inframundo para ella no fue creado distante a las guerras de ángeles y demonios. Gran analfabeta es de los sentimientos, incapaz de captar lo bueno o lo malo, su única tarea como divinidad o ser inmundo, llamado así en muchas ocasiones, es dar paz a almas cansadas por mandato del creador o su lado opuesto, Satanás».

Capítulo 1

Existen historias que oídos humanos nunca llegaron a escuchar en realidad, pero solo algunos afortunados vivieron ese momento de pureza en el cual se les concedió por motivos inexplicables. En la tierra vaga un ser que ocupa un lugar distante y a la vez cercano, cuyo espacio está sin compañía, desolado, destinado a peregrinar cargando el peso de la vida en sus manos, castigado y exhortado a enmendar sus pecados tejiendo el paño de sus desgracias, teniendo todo un siglo para demostrar que hasta la muerte puede sonreír.

La ciudad de Nueva York es tan espléndida y grandiosa, desde sus altos rascacielos hasta su buena economía, pero es una ciudad que ocupa muchos misterios perdidos entre la sociedad. Aunque hoy solo vine a contarles una bonita historia de un joven llamado Paulo, educado, lector e instruido con un solo propósito en su vida: llegar a convertirse en maestro de la sabiduría. Tenía solo diecisiete años y le bastaban para haberse obsesionado con las escrituras de Salomón. Con su pelo rizado, ojos verdes semejantes a un río que brota agua cristalina de sus manantiales, un cutis cuyo acnés juvenil no había afectado tanto y una estatura de casi 1.70. El muchacho vivía solo con su madre, también nacida ahí, a diferencia de su paternidad, que procedía de la bella isla cubana, obligado a dejar detrás su añorada tierra huyendo del régimen dictatorial implantado por los Castros. Para mala suerte del joven, su padre murió cuando él solo tenía diez años, disfrutó muy poco de su compañía, pero le bastó para obtener sus conceptos y también las costumbres. Víctima de un asesinato, le dijo adiós a la vida tan solo por defender a un hombre de color que

estaba siendo discriminado por grupos racistas en alguno de los callejones de la ciudad. Dos proyectiles entraron en su pecho quedando solo una familia desamparada. La policía únicamente dijo que los culpables se habían dado a la fuga, no mucho tiempo después cerraron la investigación.

¿Quién perdería su tiempo buscando al asesino de un migrante?, y mucho menos por defender a un hombre de color, pero bueno, es el mundo en el que vivimos.

Todo esto lo escuchaba el joven a diario desde que perdió a su padre, pero no le prestaba importancia porque el racismo siempre existiría hasta en el mejor país del mundo.

El joven desde muy temprana edad sabía mucho acerca de la vida, al ver una persona y mirarla a los ojos, podía sentir sus sentimientos y adivinar sus tentaciones, un don que le regaló la vida.

Era pleno invierno cuando Paulo regresaba de la escuela y abrió la puerta de su apartamento lanzando la mochila de una al sofá, ya un poco viejo, los años habían pasado por él, pero, como había sido el lugar preferido donde su abuela pasaba las tardes juntos a él antes de dejar el mundo, se consideraba reliquia de la casa. El inmueble contaba con dos cuartos alejado de telarañas y suciedad, su sala de estar era pequeña pero acogedora, su madre, amante de las decoraciones, mantenía su recta disciplina en el asunto, era su pasatiempo en horarios fuera de trabajo. Su pequeño baño, la cocina y uno de los lugares favoritos del joven para pasar las tardes, ya que le daba un cierre a su lugar de descanso: su balcón. Su casa no era lujosa, eso sí, cómoda y tranquila.

«Hoy es mi primera cita con Karla, bueno, en verdad no es una cita. Un paseo de amigos diría yo, nos conocemos desde niños y desde que la vi sentí mi luz brillar en lo más profundo de mi alma. Sé que no cuento con el valor suficiente para expresar lo que siento, pero lo haré, algún día reclutaré todas mis fuerzas dejando el pudor de lado. Ella también siente algo por mí, me di cuenta que cuando me ve su cuerpo comienza a temblar, sus manos sudorosas la delatan, entra en una situación pavorosa ante mi presencia, sé que el hilo del destino

tiene algo que ver en esto. ¿Qué cosas digo?, si aquí el cobarde soy yo, al que no le dan las agallas para exponer los sentimientos que descansan en el baúl de sus miedos. Aunque bueno, por algo será, no contaré con la experiencia suficiente para que mi corazón camine en un jardín desconocido, bien he aprendido de los libros que debo andar con cuidado, en estos hay rosas con espinas que lo pueden marcar con heridas para toda una vida. Son sensaciones desagradables, incluso hay personas que nunca llegan a asimilarlo, observe un ejemplo en el famoso libro, el retrato de Dorian Grey donde la hermosa Sibil, según la narración de su autor el famoso Oscar Wilde, se despoja de la vida al ser rechazada por el joven. Pero bueno, no espero que eso me suceda a mí, también el libro de Vida sugiere que goces de todos los placeres que esta te brinda, siempre teniendo bien claro que solamente el amor de madre y padre es el único cuyos lazos nunca se van a romper.

Esto me está volviendo loco, de veras necesito a mi papá, él me hubiese enseñado el camino correcto a la madurez. Indagaré, pero pienso sacar lo que lleva años viviendo dentro de mí, cómo olvidar aquella mañana cuando hizo su entrada al aula, ese momento se convirtió en el más bello de toda mi vida. Esa niña abrió mi universo de amor, hoy me toca esculcar el cajón yaciente en mi corazón donde albergo mis sentimientos, los cuales esta noche sacaré a la luz».

Acto seguido tomó un baño de agua caliente, bastaba las bajas temperaturas que hacían tendencia en las frías calles de Nueva York. Se colocó un *jeans* obtenido en ROSS, de color oscuro, acompañado de un pullover similar y unos tenis bajos de color blanco. Se peinó a la moderna, tomó algo de dinero y observó que el reloj marcaba la siete de la noche. Su madre a duras penas trabajaba limpiando el piso de una pizzería y no regresaba hasta las diez. El joven abandonó el apartamento, cruzó el parque y caminó en dirección al teatro donde quedó en encontrarse con Karla, sería la noche más especial de su vida, al menos eso pensaba él.

—Llegas tarde, Paulo, media hora tarde. —Se sentó.

—Es que me entretuve pensando.

—¿En qué pensabas? —preguntó Karla.

La joven tenía su pelo negro que llegaba hasta su cintura, ojos pardos y labios carnosos color fresa. Resaltaban mucho en aquella piel de ángel tan blanca como la nieve.

—No, no pensaba en nada.

—Me dices que llegaste tarde porque te pusiste a pensar, ¿y ahora no recuerdas en qué pensabas?

Los pies del chico comenzaron a temblar, no podía decirle que llevaba mucho tiempo ideando una manera de decir algo tan fácil como un te amo, pero a él se le hacía muy difícil, sentía mucho pudor en presencia de la joven.

—Olvídalo, aprovechemos la noche.

—Está bien, pero luego me dices.

Se alinearon caminando por las bellas calles de la ciudad, tomaron helado juntos y vieron una película en el cine que les hizo tapar sus ojos con las manos en varias ocasiones. Un clásico del terror: ‘’Camino equivocado". Luego salieron a pasear y Paulo buscaba la ocasión perfecta que no encontraba o su poco valor lo hacía ciego a las oportunidades que la joven le brindaba. Calles alumbradas y promociones en las pantallas, una afirmaba el próximo juego de los Yanquis, al cual le prometía él que la llevaría. Hasta el momento todo iba bien, pero de un momento a otro Paulo comenzó a sudar y a sentirse mal, como si una presencia maligna encarnara su cuerpo, y cayó sentado a suelo.

—¿Qué te sucede?

—No, no es nada, solo necesito un momento. Algunas personas se acercaron y brindaron ayuda.

—Hola, soy doctor, ¿qué te sucede, niño?

—Son solo unos mareos, ya se me están pasando.

—Los mareos no suceden porque sí, pero seguro que mejoras.

—Sí, señor, muchas gracias.

—Paulo, no mientas a este hombre.

—De veras, ya me siento mejor.

Y se levantó del suelo como si nada de aquello hubiese pasado.

—Gracias por su preocupación, señor.

—Doc. Jarris.

—Gracias, doctor Jarris.

—Mañana acude a un médico, quizás estés incubando un virus.

—Paulo asintió con la cabeza.

El doctor se retiró y la multitud se dispersó.

—Íbamos al parque de juegos, ¿no?

—¿Seguro que no quieres volver a tu casa?, puede que necesites descansar, podemos quedar otro día.

El chico no se sentía bien del todo, pero no perdería esa oportunidad, llevaba dos años invitándola a salir y nunca le había aceptado, maldijo a su debilucho cuerpo por traicionarlo en una situación tan importante para él como aquella.

—Tomemos una soda, tengo mucha sed —afirmó el joven.

—Sí, magnífica idea —dijo ella.

Se sentaron en un MC DONALDS. Ambos bebieron una coca cola y se miraron nuevamente, eran ojos tan penetrantes y sus manos eran suaves, tan suaves como la lana de las ovejas, las sintió en el momento en el que cayó al suelo. «Es el amor de mi vida, le pediré que se case conmigo, tendremos dos hijos y…».

—Paulo, ¿qué haces?

—Perdón, ¿sucede algo?

—Sí.

—Te quedaste observándome.

—Estaba pensando, lo siento.

—¿Seguro que te sientes bien?

—Sí, estoy perfecto.

—¿No tienes nada que decirme?

El corazón del joven comenzó a acelerarse, «me ha pillado, ¿cómo supo qué hago?, es verdad lo que dice en los libros: ellas ven y

perciben lo que nosotros no».

—No, ¿por qué la pregunta?

«Estúpido, la echaste a perder», se dijo en su interior.

—Por nada, vayamos al parque, digo, si tienes ganas.

—Sí, vamos, la pasaremos muy bien.

Al caminar algunas manzanas, Paulo se vistió de hombre y le tomó su mano. Ella no hizo gesto de oposición, solo comentó:

—Tu mano está fría y suda.

—Es que…

No pudo decir ni opinar al respecto, en su defensa, se le trababa la lengua y un nudo ocupaba su garganta. Ella disimulaba una sonrisa y juntos tomados de las manos caminaron por las calles de Nueva York. El amor comenzaba a ser experiencia nueva para los jóvenes. Comenzaban a sentir y a vivir las cosas bellas de la vida, él había leído mucho respecto al amor, pero era de su necesidad conocer aquel sentimiento que llena el corazón de emociones. Ella albergaba los consejos de su madre y las pasiones vividas en las telenovelas que le encantaban.

—¿Crees en el amor? —preguntó ella.

—¿Que si creo? Pues claro, es el sentimiento más bello que hayamos experimentado jamás.

—¿Y tú cómo lo sabes si nunca has sentido tal cosa?, ¿o es que sales con alguna chica? —La joven frunció el ceño.

—No, no me malinterpretes.

La situación estaba a su favor y no podía echarla a perder por nada en el mundo.

—Es que lo he leído en muchos libros.

—Ah, ya.

La joven cambió la expresión agria de su rostro.

—Y el amor a primera vista, ¿crees en él?

—Sí, ese sí lo he experimentado.

La joven apretó sus puños y dijo:

—¿En qué ocasión y con quién?

«Si me da una respuesta negativa y menciona a otra chica le pego una bofetada por sínico», pensó ella. Su rostro reflejó ira. «Algo me dice que si respondo mal me llevaré un buen colorado en mis cachetes, le diré la verdad, que se volvió el amor de mi vida desde aquella mañana que la vi en la escuela», se dijo él.

—Me enamoré a primera vista.

—Ah… —pero antes de terminar la frase, ella dijo—, algo ocurre allí.

Lo tomó por la mano y tiró de él. Una agrupación de personas rodeaba a alguien y un poco apretados lograron adentrarse en la primera fila. Un hombre vestido de sacerdote predicaba el evangelio.

—Arrepiéntanse, crean en la palabra del señor y acepten a Jesús como su salvador, él murió por nuestros pecados.

Y abrió un libro que sostenía en su mano, de seguro era la biblia. De un momento a otro, Paulo sintió nuevamente el malestar que comenzaba a hacer presencia.

—Karla, vamos, por favor, me siento mal y este está chiflado.

El hombre clavó una vista fija y a la vez temerosa, y apuntó con el dedo a Paulo.

—Es ahí —decía—, la muerte en persona, sean testigos de todo, crueldad y maldad creada por Satanás, este es su representación en la tierra.

El joven comenzaba a asustarse y a la vez su estado empeoraba y comenzaba a sentir náuseas. Karla lo tomó por la mano y lo sacó de aquel tumulto de personas, él sudaba más con cada segundo que pasaba. Se sentaron en un banco frente a una tienda de joyas.

—¿Te sientes mejor, Paulo?

—No del todo.

Su anhelo por alcanzar el corazón de la joven debería de esperar, aunque su corazón lo empujaba, su alma lo estaba traicionando o le indicaba que algo malo le sucedía a su cuerpo. Se torturaba él mismo a su mente. De pronto observó algo extraño entre las personas que

pasaban. Alguien estaba justo observándolo a una distancia imposible de identificar, lo que lo asustó era que su túnica era de color negro y parecía que tapaba su cabeza con una capucha.

—Karla, mira aquella persona que nos observa.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—Allá —indicó él.

Pero allí ya no había nadie.

—No veo a nadie.

—Juraría que alguien con una túnica tenebrosa estaba mirándonos.

—Paulo, estás alucinando, no te habrás tomado en serio lo que te dijo ese loco.

—No —afirmó el chico.

—Debe ser por este mareo, tendremos que quedar otro día, ya que no me quedan fuerzas ni para caminar.

Ahí los papeles se invirtieron, en vez del joven acompañar a la chica a su casa, ella lo llevó a él, suena muy gracioso. Juntos, tomados de las manos, fueron hasta la parte baja del edificio donde vivía Paulo.

—Lo siento por lo de hoy, no sé lo que me pasa.

—No te preocupes, la pasé muy bien, aunque me debes la invitación al parque, quiero que se repita.

«Gané la pelea, sí será mi esposa, está enamorada de mí, ¿habrá sentido lo mismo que yo aquella mañana y por eso me preguntó lo del amor a primera vista?».

Karla le hizo seña a un taxi, que se detuvo justo enfrente de ella.

—Gracias por esta noche, envíame un texto mañana y dime como sigues, ¿ok?

—Sí, tenlo por seguro.

La joven lo besó muy pegado a sus labios, luego montó en el taxi y, con la ventanilla abajo, se despidió de él haciéndole señales con la mano. «De esa noche podría hacerse un libro, no fue muy acogedora la verdad, pero mi corazón comenzó a recorrer senderos nuevos, solo tengo que dejar que fluya todo dentro de mí y mostrar lo que llevo por

dentro, a la persona indicada, en este caso, a Karla».

Observó la luna nueva, tan bella que su brillo resplandecía por toda la ciudad en un ambiente acogedor. El viento iba para allá y luego regresaba por quien sabe dónde, según salomón, todo le resultaba absurdo como perseguir el viento, nunca se sabe de dónde viene ni a dónde va. Iba a ingresar en el edificio y su piel se erizó, sintió una presencia extraña, tuvo miedo, su piel experimentó un escalofrío que le llegó hasta los huesos. Se volvió y no vio nada, pero lo sabía, sintió que alguien lo estaba observando, un ser mítico o algo que se escapaba de un cuento de hadas. Luego pensó que exageraba, el hombre que predicaba lo había asustado lo suficiente como para alterarlo. «Nada de aquello era verdad», pensó, y entró al edificio. Un sueño inquieto junto a una alta fiebre se hicieron aliados para azotarle a Paulo una malísima noche. Él pensaba tener un sueño con el amor de su vida, en cambio obtuvo pesadillas con cosas malas que tiempo después entendería. «Quizás una gripe o un resfriado causara tal temperatura», pensó la madre de Paulo al tocarlo en la mañana. La cama estaba un poco mojada, debió de sudar toda la noche, resultado de las altas temperaturas, su color pálido daba a conocer que algo iba mal. Nilan, una mujer de cuarenta años, tuvo que adoptar la postura de padre y madre desde la pérdida de su esposo. La vida le había mostrado ambas manos con juegos de cartas diferentes, algunas alegres y otras tristes, pero tenía a su hijo, al cual levantaba de su cama para llevarlo al médico. A duras penas, el joven se pudo levantar, su rostro parecía el de un zombi, se veía machucado y por momentos parecía delirar. A la mente de su madre solo vino el terror de que pudiese tratarse del virus COVID-19, que años atrás había causado tanto dolor y sufrimiento en el mundo. Montaron en su auto, ella manejaba y él iba en el asiento de al lado con su rostro moribundo pegado al cristal.

—Paulo, ¿qué te sientes?

—Náuseas y malestar en todo el cuerpo.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé, desde esta madrugada.

—¿Has tenido vómitos, Paulo? Dime.

Pero acto seguido el joven se quedó sin conocimiento y se desplomó hacia delante, impactando la cabeza con la pizarra del auto. Su madre hizo un gesto para brindar ayuda, sin embargo, no observó el semáforo con luz roja que dejaba atrás. Luego, una rastra internacional se impactó contra el auto.

Capítulo 2

«¿Dónde estoy?, ¿por qué todo se ve oscuro?, me parece llevar una eternidad en esta dimensión sin luz. ¿Cómo llegue aquí, de qué manera, estaré muerto?, no, no, todavía me queda mucho que hacer en la tierra. Debo estar soñando, es eso. Todo es por culpa de aquel demente que predicaba, ¿porque me llamó la muerte? Allí había muchas personas, ¿por qué a mí?, ¿porque me vio?, ¿o se habrá dado cuenta que tenía una presencia más a mi alrededor? Leí una vez que los psíquicos tienen poderes para ver gente muerta, espíritus que vagan por la tierra haciendo daño. Pero claro, son mitos y leyendas, nada de eso existe, son solo imaginaciones mías».

El joven comenzó a abrir los ojos lentamente, yacía en una cama perteneciente a la sala de un hospital. A su lado se encontraba una señora de pelo blanco que mandó llamar al doctor. Paulo observó sus manos y por sus venas pasaban branulas que servían como calles para que el suero pasara por ellas hasta llegar a la sangre.

—No te muevas, por favor —dijo la mujer de pelo blanco.

Paulo notó que sus brazos estaban algo recios, no podía moverlos con facilidad, como si hubieran permanecido en la misma posición por mucho tiempo. Cuando alzó su vista y llegó a ver su reflejo en un cristal, no pudo creer lo que estaba viendo, su pelo le llegaba casi a los hombros, los fuertes gritos removieron el hospital y Paulo intentó quitarse los sueros.

—¿Qué sucede? —preguntó el doctor, que puso mirada atónito al joven—. Ten, calma, por favor.

—¿Qué sucede?, ¿dónde estoy?, ¿y mi mamá?

—Ella está bien, se encuentra en una de nuestras salas, no te preocupes, déjame explicarte todo.

La calma del joven comenzaba a hacer presencia con las palabras de aquel señor de pelo negro, nariz afilada y ojos plagados de experiencia, tendría unos cincuenta años.

—Estás aquí porque tú y tu mamá sufrieron un accidente.

—¿Y ella dónde está?

—Tranquilo, ya te dije que estaba en una de nuestras salas, pronto despertará de igual manera que tú lo has hecho, ahora tienes que recuperarte.

—¿Qué tiempo llevo aquí?, mi pelo está largo y he perdido mucho peso, tengo dificultad para mover las manos y mis tendones me duelen al mover los dedos.

El doctor miró a la mujer de pelo blanco que el joven supo que se trataba de una enfermera.

—Llevas ocho meses en esta cama.

—¿Cuánto, ocho meses? Pero eso es casi un año.

—Sufriste varias lesiones en tu cráneo y te afectó tanto que casi mueres, gracias a las operaciones se pudo extraer la sangre de tu cerebro, si se hubiese coagulado, aquí no estarías.

El joven Paulo no sabía qué hacer, qué decir o en qué pensar. Lo único que recordaba era aquella noche con el amor de su vida, el predicador medio loco y aquel que lo observaba entre la gente, ¿por qué recordaba a ese personaje con el atuendo negro que ocultaba su rostro detrás de la capucha y luego desaparecía por arte de magia? La confusión le comenzaba a construir una barrera en aquel cerebro dañado, había chocado manos con la muerte y ni cuenta se dio, ¿sería lo que intentaba advertir el que predicaba?, eso no importaba ya.

—Mi madre, ¿cómo se encuentra?

El doctor tomó aire profundo y respondió.

—Se encuentra en el mismo estado que tú hace media hora atrás, pero no te aflijas, solo es cuestión de tiempo que vuelva en sí, tú ya lo

hiciste, verás que no tardará en despertar.

—¿Qué tiempo tengo que estar en esta cama?

—Quizás una o dos semanas, tienes que alimentarte bien y vendrá todos los días una doctora que te ayudará a recuperar el control de tus articulaciones con varios ejercicios. El seguro médico te cubrió todos los gastos y el gobierno te dará una ayuda de por vida de 1500 dólares.

El doctor se levantó de su asiento y le dijo:

—No te estreses, ya lo malo pasó, recupérate pronto que, en cuanto puedas caminar con fluidez, te dejaré ir a ver a tu madre.

Poco a poco, Paulo se fue recuperando, visitó a su madre y lloró por todo lo que sentía en su interior al ver aquella alma en ese estado tan crítico. La melancolía, la tristeza y la depresión hacían la trilogía perfecta para acabar con una persona o hacerle el suficiente daño para marcarlo de por vida. Sin embargo, Paulo era un chico fuerte, aunque había algo en aquella sala que lo traía un poco incómodo y le hacía sentir algo de miedo. En las noches, cuando dormía, sentía que alguien estaba sentado justo a su lado, una presencia extraña y escalofriante acechaba su lecho. Una noche decidió mirar, sin embargo, allí no había nadie, tocó la silla, pero en vez de estar helada se asustó aún más, la silla estaba acalorada, como si un ser del otro mundo segundos antes hubiese estado allí. Otra madrugada, la ventana se abrió colándose un frío malévolo en la habitación, que se extinguió cuando Paulo se dignó a cerrarla.

—Enhorabuena, Paulo, ya puedes regresar a casa.

—¿De veras, doctor?

—Pues claro, hoy mismo todos tus órganos están funcionando a la perfección, nunca vi en toda mi carrera a alguien que se recuperase tan rápido, o el señor puso su mano o la muerte te perdonó la vida. ¿Qué tonterías digo?, la muerte solo sabe matar. En ese instante entró un cuervo por la ventana, recorrió la sala y luego salió por donde mismo.

—Eso es malo —dijo la doctora de pelo blanco—, hay libros que afirman que los cuervos son mensajeros de la muerte.

—Yo no creo en supersticiones —dijo el doctor—, bueno, Paulo, firmaré tu alta y podrás regresar a casa, puedes volver a visitar a tu madre cuando quieras.

El muchacho se sintió extraño en aquella ciudadela casi nueva para él. Estuvo mucho tiempo en cama lejos de los cambios y el desarrollo, y un triste pensamiento lo acompañaba antes de salir del hospital. Le preguntó al doctor si una chica lo había visitado en el tiempo que estuvo ajeno a la vida, el corazón experimentó otra recaída al escuchar de la boca del doctor que solo un cura venía una vez al mes a rezar por él. De camino a su apartamento pensó en muchas cosas que haría ahora, primero se quedó huérfano de paternidad y ahora la vida quería golpearlo otra vez arrebatándole la maternidad. Al entrar en su apartamento, la mugre sobraba por doquier, tomó escoba en mano y despojó el piso de todo aquel polvo acumulado en esos meses, puso algo a cocinar y bajó a la tienda de enfrente a comprar un encendedor y una caja de Marlboro. No tenía vicio al cigarro, pero la situación lo necesitaba, subió de nuevo al balcón encendiendo un cigarrillo. El primero que probó hace dos años atrás en la escuela le facilitó una fuerte tos, aunque se acostumbró muy rápido. El aire era cálido y el atardecer creaba un ambiente de nostalgia, un bando de palomas blancas cruzó justamente frente a él, pero con ellas se marcharon las esperanzas de su vida. Sin su madre, sin su padre, ¿qué había pasado con el amor de su vida?, ¿por qué Karla no acudió a visitarlo?, ¿qué sucedía?, aspiró el cigarro aquel ayudando a desestresarse, brindaba un sabor de menta que enfriaba su garganta sintiendo de él un gran placer. Luego de tomar un baño, cogió una libreta y se puso a escribir, haría un libro de la vida en el explicaría que de nada vale tener dinero, mansiones o todo lo soñado, al final todo se iría en cuestiones de segundos, él era un testigo viviente que sobrevivió a todo lo que el ser humano teme: la muerte. Se quedó dormido encima de su libreta y fue un fuerte golpe en su balcón lo que lo despertó a altas horas de la madrugada. Se levantó y salió de su

cuarto, había dejado la puerta del balcón abierta y las ráfagas de aire la hicieron chocar contra el marco, observó hacia abajo y vio algo que le llamó la atención, en el centro del parque se encontraba una persona con túnica de color oscura, idéntica a la que vio aquella noche. Se restregó los ojos con las manos, quizás estuviera medio dormido y así pensó, estaba allí lo antes visto. Cerró la puerta y entró a su cuarto, cuando fue a apagar la luz de la lámpara en la mesa donde escribía, se dio cuenta que había algo escrito, aunque no por él.

Volvió a restregar sus ojos, sin embargo, el escrito seguía allí. Se acercó lo suficiente para leer el contenido que aparecía en su libreta.

"Yo necesito de ti y tú de mí, ambos nos necesitamos"

Firmado: La muerte".

Paulo cerró su libreta y se lanzó a la cama tapando su cabeza con la colcha, y dejó la luz encendida. «¿Qué estaba viendo? ¿Acaso se estaba volviendo loco?, es una pesadilla, eso es, una mala jugada de mi imaginación, nada de esto existe, la muerte es solo una palabra, solo eso, una palabra que escogimos que identifica que la necrosis puso fin al funcionamiento de nuestros órganos, solo eso, no es nada ni nadie. Ningún espíritu ni ser divino o deidad, solo es una palabra que se desvanece en el viento, solo eso». Entre tanto pánico interno, el joven se quedó dormido haciéndole entender a sus sentidos que su teoría era correcta y que la muerte solo era el equilibrio universal para la sustentación del mundo, viéndola como la manifestación de darle fin a la vida en cualquier etapa. Bueno, por lo menos eso creía él. En la mañana siguiente abrió sus ojos pensando haber vivido una pesadilla la noche anterior, observó su libreta, estaba encima de la mesita en la forma que la había cerrado. Se acercó a ella y, con su mano temerosa, la fue abriendo poco a poco, teniendo mucho cuidado, lo que podría ver le podría dar o proporcionar un ataque de pánico, hojeó hoja por hoja y dio paz a su interior, no había nada escrito allí. «Debió ser un sueño o quizás se sintió mal y estaba alucinando, bueno, fuera lo que fuera, no había ocurrido en realidad, ya no estaba, pero lo había sentido tan real como el hombre que vio en el parque vestido de negro, "será la muerte"», y comenzó a reír,

«nada existe, iré a cortarme el pelo y luego visitaré a mi mamá».

Un día soleado, pero con un aire diferente. En sus pulmones sintió lo que es la vida, era lo que el joven notaba cuando aspiraba profundo, vivir es eso, tenía ganas de vivir, ya sabía el sentido de la palabra, lo que el libro de vida da a entender. «Cuando uno entra al sepulcro con el paso de los años, ni este ni la cruz existe, todo queda en el olvido, total, yo pensaba de manera diferente. No era un cuento de hadas, aunque quería un final feliz a su lado».

Después de su corte de pelo visitó a su madre y estuvo allí dos horas, derramando algunas lágrimas. Al salir de la habitación se encontró con el doctor, que lo saludaba muy sonriente.

—Hola, Paulo, ¿cómo estás?

—Bien, doctor, ¿y usted?

—Muy bien, gracias.

—¿Has venido a ver a tu mamá?

El muchacho sintió ver a su madre en aquel estado, le proporcionaba una tristeza inmensa, un puñal se hundió poco a poco en el corazón, era solo un joven de dieciocho años, el último lo cumplió estando en cama. Un alma tan pequeña para un mundo tan gigantesco. No tenía amigos, con la única persona que hablaba era con Karla, la cual no se preocupaba por saber el motivo de la desaparición, «es que ya no le importaba», pensó el chico.

—Paulo, ¿me escuchas?

—Sí, doctor, perdone, es que me quedé inmerso en el pensamiento.

—¿Seguro de que te encuentras bien?

—Sí, doctor, no se preocupe.

—Si te sientes mal, no dudes en venir a verme.

Ambos se dieron la espalda, pero a Paulo se le encendió una chispa en su cerebro, el doctor era una persona estudiada y quizás pudiera dar respuesta a su duda.

—Doctor —dijo Paulo mientras se voleó.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras se volteaba de igual manera.

—Me podría explicar usted el significado de la muerte.

El doctor echó una sonrisa, tenía cientos de respuestas y teorías, pero solo le dijo:

—¿A qué viene esa pregunta, Paulo?

—Es que tengo curiosidad acerca de la muerte.

—¿Qué quieres saber? —replicó el doctor.

—¿Es una deidad, un ser malvado o solo una palabra con la cual describimos nuestro fin?

—Sé que en algunos países la alaban y le rinden culto —agregó el doctor—, como desunidad en la parte espiritual según los creyentes es el fin de la vida terrenal y el comienzo de la vida eterna de todo aquel que acepte a Jesús como salvador. Y por la parte de la medicina es la muerte de las células y necrosis de los órganos.

—Gracias, doctor.

—Te podría dar muchos más ejemplos, pero tengo una operación dentro de una hora.

Paulo decidió dar un paseo por donde muchas veces atrás caminaba con Karla. Cruzó una calle y se detuvo justo al frente donde predicaba aquel quien lo asustó y no lograba borrar de su mente. Pero también donde vio por primera vez a el que vestía la túnica de negro.

Luego regresó a su casa, encendió un cigarro en el balcón y se puso a pensar. «Será que la muerte es un ser divino como los dioses. Nunca me había hecho esa pregunta, según el doctor, hay muchos países que le rinden culto. Tal vez muera tanta gente en el mundo porque no la alaban como es debido, ya dejaré de pensar en ella y sentaré mis pensamientos en mi futuro, aunque lo diga, me enfrascaba en vivir el día a día, en el mundo hay millones de personas pensando cómo vivir en el mañana y no han aprendido hacerlo en el presente».

Paulo intentó agrupar sus pensamientos más sabios en aquellos días, se apoyaba mucho en los consejos de grandes personalidades que exponían sus ideas en sus libros, los que él leía con riqueza absoluta y gran aprobación. En las noches escribía y dejó aquel incidente en su libreta como una ilusión o un sueño. A veces despertaba en la madrugada y la puerta del balcón estaba abierta, se asustaba, estaba seguro de que la cerraba día tras día. O en ocasiones notaba una sombra deambulando por la casa y algún que otro aire frío que aparecía de la nada, erizándole la piel. Pero era lo suficiente maduro para decirse a sí mismo que solo era cosa de su imaginación, el miedo a veces nos hace sentir y ver cosas donde de verdad no hay nada. Fue borrando un poco las manchas del pasado, todos aquellos malos momentos, y dejó solo las buenas, olvidó el día de la muerte de su padre y en su lugar colocó en su mesa un retrato que fue tomado en el último cumpleaños que pasaron juntos. Con Karla no tenía un recuerdo malo y, si tuviera que olvidarlo, no encontraría nada en el mundo que pudiera sustituirlo. Así comenzó a apañárselas él solo en la vida, hasta que una mañana fue a visitar a su madre y encontró al doctor discutiendo con un hombre que portaba un traje muy fino, su barba era blanca igual que su pelo y usaba unos anteojos. En cuanto entró el chico en la sala, el doctor le dijo que después seguirían la conversación. El hombre se ajustó los espejuelos con su dedo y saludó al chico con un gesto antes de abandonar la sala. Entonces entró Paulo.

—¿Sucede algo, doctor?

El hombre caminó hacia las sillas, se sentó en una y le indicó que tomara asiento en la otra.

—¿Qué pasó doctor? ¿Discutió con ese hombre por culpa de mi madre? —El doctor tomó aire y le preguntó para no ir directo al tema.

—Dime, ¿qué has logrado entender de lo que me preguntaste la otra vez?

—¿De qué, a qué se refiere? Lo he olvidado.

—Lo de la muerte, Paulo.

—Ah, le diré mi punto de vista, doctor. Para mí la muerte es parte del bien y el mal, del amor y del odio, de la envidia y de la naturalidad, del sano y del enfermo, la franqueza y la mentira, de la creación y la destrucción, esto significa para mí la muerte.

El doctor se tiró hacia atrás de su asiento y se llevó las manos a la barbilla. Quedó perdido en la realización de cada comparación expresada por el joven. Luego de unos minutos en silencio le dijo:

—Magnífica teoría, Paulo, me has impresionado, en cada comparación que has mencionado se puede manifestar la muerte.

—Ahora, doctor, por favor, ¿puede decirme qué sucede?

El hombre cambió el aspecto de su cara y tomó una parecida a cuando hablaba con el hombre.

—Sé que eres joven y es muy difícil de entender, por eso quiero ser yo quien te lo diga.

—¿Qué está pasando, doctor? Me está preocupando, ¿le sucedió algo a mi mamá? —El joven observó a su madre, que seguía en el mismo estado de hace un mes atrás cuando él abrió los ojos.

—No, Paulo, ese es el problema, algo tiene que suceder. Ese hombre con el que me viste hablando…

—Discutiendo —dijo el joven.

—Sí, discutiendo —repuso el doctor—, es el dueño del hospital.

—¿Y qué tiene que ver con mi madre? —El doctor tragó sólido y le dijo:

—En lo general, si él cumple las normas, al llegar al año de estar en un estado inconsciente, si el paciente no da el sí, los aparatos son desconectados y se deja descansar en paz al paciente y llega eso que acabamos de hablar, la muerte.

El joven tomó una forma atónita y quedó confuso de sí mismo, un cubo de agua fría le había caído encima, justo cuando comenzaba a entenderse y encontrar su yo interno, eso no podía estar pasando, no a

él. ¿Por qué?, ¿qué mal había hecho?

—Paulo, quiero que entiendas que hago todo lo posible por hacer despertar a tu madre.

—¿Qué puedo hacer, doctor?

El hombre echó para atrás su asiento y cruzó sus manos.

—Por ahora, vete a casa, toma una biblia en mano y ponte a rezar, pídele al altísimo que suceda un milagro como pasó contigo.

El doctor se levantó de su asiento y colocó la mano encima del hombro del joven, quien se había llevado las manos a la cabeza.

—Yo haré todo lo posible, Paulo, todo lo posible, pero solo Dios puede devolverte a tu madre en estos tiempos.

Con cada paso que daba para lograr salir de aquel hospital, la depresión acumulaba un espacio más en su corazón, marchitando su alma y esparciendo un humo tóxico a su espíritu. «De qué vale vivir si nadie lo haría a mi lado», primero su padre, luego el amor de su vida se desvanecía como ceniza al mar, y ahora su madre, tiró el concepto que había puesto a emplear días antes, ya no viviría el día a día, pensaba terminar de una vez por todas con su desgraciada existencia. «Si existe el infierno, le preguntaría a Lucifer por qué le hizo sufrir tanto en vida, qué mal le hizo él al diablo si solo tomó la biblia un par de meses para leerla a fondo, y si iba al cielo se lo pediría a Jehová misericordioso, que solo la palabra del perdón existía en su reino, no entendía el porqué le había hecho sufrir en vida de aquella manera, para que las había creado si no podía darles paz, amor y armonía. En cambio, la humanidad recibió dolor y sufrimiento intentando esconderlo en la oración y la iglesia».

Se sentó en un parque, necesitaba alguien con quien conversar. Acumulaba un dolor en su interior que de un momento a otro de semilla se convirtió en un inmenso árbol. Algo fuerte apretaba su pecho, iba a ser su último adiós en la tierra, pero antes iría a casa de Karla, tenía que salir de duda y entender por qué la joven nunca preguntó por él. Era la excusa que encontró para escuchar de la boca

de la joven que no terminara con su vida, que tenían mucho que vivir ellos dos juntos, que inventaría alguna excusa que él quería oír y lo haría cambiar de parecer.

—Es el momento —dijo, mientras tocaba el timbre de la casa de la joven.

Nadie respondió, lo pulsó nuevamente y seguido escuchó unos pasos acercarse a la puerta, la cual se abrió.

—Eh, Paulo, ¿qué haces por aquí?, hacía tiempo que no te veía.

—¿Cómo está, señora?

—Bien, joven, me imagino que buscas a Karla. El niño asintió con la cabeza.

—Ha salido con un amigo, sale todas las tardes con él, yo le dije a su padre que quizás haya que vigilarla, ya no es una niña y te diré un secreto: el joven no me agrada.

El pobre Paulo terminó de matar sus ganas de vivir en aquel preciso momento.

—Bueno, me retiro, señora.

—Le diré a Karla que estuviste por aquí.

—No, no se tome la molestia.

El muchacho le dio la espalda y caminó otra vez por la carretera, intentando encontrar el sendero que conducía a la muerte.

—Por eso no se preocupa por mí ni intentó saber mi paradero.

Se golpeó la cara, tanto que no le importaba a nadie en este mundo, mientras peregrinaba intentando buscar el fin de su destino. Observó en una esquina un grupo de personas que hacían un círculo. Se dijo así mismo: «no puede ser verdad». Dentro se encontraba el loco que predicaba aquella anoche casi un año atrás. Llevaba la misma ropa y elevaba la biblia con su mano. Paulo se quedó a mitad del grupo de personas a espera de que dios usara aquel hombre y mediante él le enviará una señal de vida. Que todavía existiera algo

por lo que valiera la pena vivir. Segundos después de pedir aquello en rezo interno, el que predicaba exclamó:

—Arrepiéntanse los que crean o no en este preciso momento, la muerte está aquí entre nosotros, la puedo sentir como lo hice tiempo atrás. —Y apuntaba con su dedo a todos lados. El joven, más decidido aún con aquellas palabras que le mostraron su destino, la muerte, volvió a su apartamento, tomó la foto de su padre y se sentó en el balcón, prendió un cigarrillo y comenzó a llorar borracho, todas las vías de escape posible al triste destino que le esperaba y pensaba hacer en cuanto se le terminara el cigarro. «Si alguien lo perdiera todo y le quedaran fuerzas para vivir, ese sería mi héroe, si cayera y se levantará una y otra vez, me gustaría tomar su actitud, pero ya no, ya no me quedan fuerzas, solo yo no puedo, no tengo amigos, familia, ni siquiera una mascota de compañía, si aunque solo lo último que quedara en el mundo decidiera ser mi amigo, si ello quisiera acompañarme y demostrarme su secreto, sí, si la muerte me hablara y yo la escuchara, no como divinidad o ser maligno, o teorías implantadas por doctores, sino que me susurrara al oído como amigos».

Capítulo 3

E

l cigarro se consumía, encendió otro y miró la foto de su padre, le pasó la mano y le dijo:

—Pronto vamos a estar juntos.

Salió de su apartamento y tomó escalera arriba hasta la azotea de aquel edificio de doce plantas. Abrió la puerta y el aire puro se estrujaba en su rostro, votó la colilla del Marlboro y caminó en dirección al límite del edificio. Se colocó sobre el muro, no tenía barandas y observó hacia abajo, las personas se veían diminutas. Abrió sus manos e intentó soltarse, pero sus pies no se despegaban del suelo.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Miró al cielo y no vio ninguna señal, miró hacia abajo y las hormigas no se daban cuenta que alguien estaba a punto de quitarse la vida, pero no podía, quería, sin embargo, no podía, fue entonces cuando Paulo miró a un lado y se asustó mucho más que cuando aquel loco le llenó la mente, le asustó más que tirarse de doce pisos, más que todo lo que le proporcionó pavor en lo vivido. El hombre de capucha negra estaba sentado del otro lado de la azotea, indicándole con el dedo que no. Sus manos eran de color blanco, parecían hueso, estaba muy lejos y el joven no podía distinguirlas bien. Bajó del muro, aunque, cuando observó, ya aquel hombre encapuchado había vuelto a desaparecer, era la tercera vez que lo veía, no era una ilusión, aquel escalofriante hombre de túnica oscura, por arte de magia, no permitió que él se tirara de la azotea y diera fin a sus días.

Bajó muy asustado, entró a su apartamento y revisó todo el piso. Detrás de las puertas, en el closet, debajo de la cama… no había señal de peligro, pero se aseguró de cerrar bien la puerta del balcón. Varias horas pasaron intentando encontrar un sueño del cual no tenía pista alguna. Pensó que, si lograba dormir, al día siguiente habría despertado de una mala pesadilla, la más horrible y escalofriante que podía haber tenido nunca. Pensó también a dónde habría ido su sonrisa, abandonándole y dejando su trabajo a medias. Porque no completó su trabajo y culminó la línea que trazaba a la felicidad. Se sintió desgraciado y solo pensaba en aquel personaje que ocultaba su cuerpo detrás de telas oscuras. Sabía que la ciudad acumulaba muchos misterios y acertijos, de los cuales estaba vagamente informado, aunque aquello pasaba a otra dimensión, unía lo real con lo irreal, y abarcaba todo tipo de comparaciones respecto a lo posible y lo imposible. Vaciló una tenue mirada hacia su cuarto, el cual parecía más tranquilo que nunca. Su desesperación y temor fue cesando, y logró encerrar los pensamientos torturados en una cajita detrás de alguna dimensión del cerebro. Lo siguiente fue completar una oración al señor donde le pedía por su madre y que a él lo liberara de todas aquellas maldiciones que lo atormentaban, como el hombre que vestía de negro. Sumiso a un sueño casi eterno alcanzado por el cansancio ocular y el atropello psicológico, el joven daba tranquilidad a su alma. No fue hasta que un golpe con sonido grave lo sacó de aquella cápsula agradable, empujándolo a un aire misterioso y a la vez temible. El joven lentamente fue descendiendo su sábana hasta lograr visualizar sus aposentos. No había ningún cambio, todo estaba en orden. Reparó en la parte del suelo por si algún objeto hubiese caído, pero no había nada. Caminó en dirección a la puerta de su cuarto, pretendía chequear la sala. Tragó saliva y se adentró en la penumbra de las tinieblas.

Un fuerte aire estalló contra su rostro, dejándolo atónito, al mismo tiempo se percató de que la puerta del balcón se encontraba abierta. ¿Cómo era posible viviendo en el piso seis?, sería imposible que alguien llegara desde la planta inferior hasta su balcón. Continuó lentamente moderando un miedo ya presente, revisó toda la casa, sin

embargo, no había presencia de ningún extraño.

Acto seguido procedió a cerrar por segunda vez en la noche la puerta del balcón.

Al llegar a ella se llenó de valor y frunció el ceño al parque donde había visto al ser desde lo oscuro. Suspiró profundo, quitándole un peso inmenso a su espíritu, allí no había nadie excepto los faroles y un perro que corría de un lado a otro, era algo muy extraño a esa hora de la madrugada, pero no le prestó atención. Luego se introdujo nuevamente en su fortaleza de soledad. Al entrar en su cuarto notó que la temperatura había descendido y la libreta de escritura se encontraba abierta. Le resultó un poco raro, no recordaba haberla usado en todo el día.

Al llegar a su mesita adquirió posición de estatua, al leer el contenido de una de las páginas de su libreta. El mensaje traía consigo el mismo contenido del anterior.

"Yo necesito de ti y tú necesitas de mí, ambos necesitamos el uno del otro".

Firmado: La muerte.

El joven, náufrago en el mar de los misterios, era impulsado por la duda y acechado por muchas calamidades, entre ellos el temor a lo irreal. Se encontraba petrificado en medio del polo norte, incapaz de moverse o hacer gesto de acción ante una nota que consumía sus huesos en un completo escalofrío, desgarrando sus órganos de toda sensación de calor que podría haber albergado.

Otros trazos comenzaron a poblar la hoja.

"No tengas miedo, solo vengo a ayudarte".

—A ayudarme —dijo el muchacho, que había lanzado a la basura muchas de las teorías respecto a este ser—. Solo el Altísimo ayuda a sus hijos, lo demás son falsedades.

Tomó lápiz en su mano y escribió: "¿qué podría necesitar de ti?".

“Puedo devolverle la vida a tu madre”.

Ese mensaje fue lo que se trazó en el papel como respuesta. No había que agregar una palabra más, ya que el joven no sentía pavor, fuera lo que fuera ese ser inmundo al que todos llaman la muerte. Si le podría devolver la vida a su querida madre, el joven estaba dispuesto a introducirse en un mundo desconocido, sabiendo dónde iba a comenzar, pero no el precio que tenía que pagar.

—¿Seguro que puedes ayudarme?

“Sí, con solo chasquear los dedos la pondría de pie al instante”.

El mundo volvió en sí dentro del corazón del joven, si ese ser podía devolverle a su madre, le solucionaría la vida entera, pero pensó en las historias que había leído sobre Samael, vino a su mente que este se le presentaba a personas en su misma situación cuando se encontraban hundidos en la desesperación y, tomados por la depresión profunda, les hacía firmar tratos haciendo realidad la solicitud, y a cambio él recibía el alma de la persona en un límite de tiempo acordado.

—No eres Satanás, ¿verdad? —Escribió en la hoja.

“¿Quién, Lucifer?, no, solo soy a quien la humanidad se aventura a llamar muerte”.

Unos segundos de pensamiento bastaron para tomar nuevamente el lápiz en mano y preguntar.

—¿Qué necesita un ser como usted, si ya posee divinos poderes? Yo solo soy un joven insignificante que no ha tenido éxito en su vida.

“Es verdad, aunque a veces el ser humano es muy exitoso, lo ciega la obsesión del ego personal y no se da cuenta de que todo su trabajo es un logro, como quiero que me enseñes tú”.

—Yo no soy bueno para nada. —Escribió desesperado, para saber la necesidad de la divinidad.

“Te aseguro que nadie en el mundo puede enseñarme lo que quiero mejor que tú”.

—¿Y cómo lo sabes?

“Porque él te señaló a ti”.

—¿Quién es él? —La respuesta tardó unos segundos, quizás el ser se tomó su tiempo para pedir permiso a ese de quien hablaban para mencionar su nombre. Entonces, la tinta comenzó a regarse sobre el papel, dejando escrito el señor.

“Yo te devuelvo a tu madre, a cambio tú me tienes que enseñar las cosas buenas de la vida”.

—¿De la vida?

“Sí, de la vida”.

—Pero yo de eso no sé nada.

“Yo tampoco, pero él te señalo a ti. Ahora firma el contrato”.

El viento hizo pasar algunas páginas, deteniéndose en una hoja plagada de letras, parecía estar escritas en hebreo. Su cabeza daba vueltas, no sabía qué sucedería o qué pasaría luego de firmar aquello, todo se hacía tan incómodo que descargó la presión, firmando aquel pacto, a esperas de lo que le deparaba el futuro. Las hojas se voltearon hacia atrás y nuevamente aparecieron escrituras.

“Tiene que ser con sangre”.

Ahora sí, la duda colmó sus pensamiento, la sangre, pero, a pesar de que una cortina negra cubría su futuro, se dignó y preguntó.

—Usted está seguro de que puede salvar a mi madre.

“Sí, lo prometo”.

La hoja con la escritura volvió a presentarse, Paulo pinchó su dedo con la punta de su lápiz, apretando fuertemente en la parte más baja del papel. Todas las letras de ese escrito comenzaron a absorber la sangre, dando un aspecto escalofriante al papel. Las luces comenzaron a parpadear, la puerta comenzó a moverse fuertemente de un lado a otro. De repente entró un fuerte viento que asechó algunas cosas en el cuarto y las movió de lugar. Luego todo quedó en una calma profunda

ajena a cualquier indicio que declarara que en la habitación había algo fuera de lo normal. El joven, inmóvil, sumergido en todos los tipos de temores existentes, empezó a observar en todas direcciones sin hallar pista alguna que delatase una presencia divina o su mayor temor malévolo. Se movió cautelosamente a la sala donde tampoco se percató de nada fuera de lo normal. Los nervios, que en muchos casos nos traicionan, lo empujaron a tomar la caja de cigarrillos y el encendedor, dirigiéndose al balcón donde no tenía que tomarse la molestia de abrir la puerta. Encendió un ejemplar, cometiendo el error de millones de personas en el mundo, pensando que este convertirá en cenizas sus depresiones y preocupaciones.

—Es mentira, tiene que ser mentira. Nada de esto existe, pero parecía tan real.

De una se levantó y corrió a su cuarto, tenía que quitarse la duda que lo abrumaba, duda que ya lo había lanzado a la penumbra que cubre nuestros temores. La libreta se encontraba cerrada. Colocando el cigarrillo en sus labios, la tomó en las manos, la abrió y todo seguía allí excepto la hoja que contenía su sangre, ya había desaparecido. Puso los pies en la tierra, aquella presencia sí pretendía establecer conexión con él. No era un momento para ser un gallina y exclamó:

—Ser mágico, divinidad o demonio, ¿por qué no sales de tu hueco y te manifiestas ante mí?

Horas pasaron mientras analizaba en su cama la posibilidad de que estuviera pasando por un trauma mental a causa de su accidente. Al llegar los rayos del sol, Paulo decidió ir a visitar a su madre y de paso llegarse a ver al doctor.

Capítulo 4

A l llegar se percató de que una bella joven se encontraba sentada justo al lado de su madre. El muchacho se quedó atónito con la belleza de aquel rostro desconocido. Pelo rubio, ojos verdes claros como el agua cristalina y un toque femenino acompañado de labios carnosos color rosa. Un saludo acompañado de una sonrisa le daba la bienvenida.

—Usted debe ser Paulo, el hijo de la señora —preguntó con una voz tan dulce como la miel.

—Sí, mucho gusto en conocerla. —A duras penas devolvió el saludo.

—Me llamo Daniela, pero me puedes decir Dani.

—¿Y eres doctora?

—Solo estoy de práctica, me pusieron a cargo del cuidado de tu madre. El doctor me habló de ti, y sobre el milagro de tu despertar, tiene fe de que suceda lo mismo con tu madre. Solo es cuestión de tiempo, ya verás.

Un nudo en su garganta le impedía expresarse, a pesar de que era malo hablando con las mujeres, no atinaba a decir ni una sola palabra, fue el doctor quien intervino en la situación.

—Bueno, por lo que veo, ya se conocen.

Paulo se volvió y saludó a su salvador de manera agradable mientras Daniela asintió con una tierna sonrisa.

—Puedes acompañarme un momento, tenemos que hablar.

—Por supuesto, doctor.

Abandonó la habitación sin mirar hacia atrás, sentía mucho pavor respecto a la joven. Ya en una habitación del hospital, el doctor comenzó a hablar.

—Solo quiero darte una buena noticia, comparamos el resumen de los síntomas de tu madre de anoche con los de hoy, y adivina, está comenzando a mejorar.

Un diluvio de alegría dentro del joven tenía como reacción lágrimas descendiendo de su cutis. El doctor lo abrazó mientras le daba una toalla para que limpiase sus lágrimas.

—¿Puedo hacerle una pregunta que no viene al caso?

—Claro, ¿qué sucede?

—¿Cree usted en los espíritus?

—¿Por qué me preguntas eso?, ¿te ha sucedido algo referente al tema?

—No, solo tengo curiosidad.

El doctor tomó un aspecto irritante, Paulo notó cómo a la vez la piel se le erizaba mientras su mirada se perdía entre el cristal de la ventana.

—Paulo, si está teniendo problemas con este tipo de anomalías, quizás yo pueda ayudarlo.

—No entiendo, ¿en qué puede ayudarme? Un doctor que estudia a las personas, la biología etc., son personas ateas que no creen en deidades ni dios, yo solo quería que respondiera mi pregunta, no estaba listo para una discusión.

—¿Ves esto? —El doctor ocultaba una pulsera de perlas amarillas y verdes debajo de su bata blanca, justo en la mano al lado de reloj.

—¿Qué es?

—Es un igde.

—Un igde.

—Sí, es una protección de Orunmila.

—De Orunmila.

—Sí.

—¿Quién es Orunmila?

—Es el único testigo de la creación y divinidad de la adivinación.

El joven se quedó más confundido aún, la puertas cerradas de un mundo religioso desconocido se acababan de abrir, creando toneladas de dudas.

—¿De quién lo protege, doctor?

—Me protege de IKU, la muerte.

Los ojos de Paulo se abrieron.

—Ven, no tengo mucho tiempo ahora, pero, si te ha pasado algo raro que no quieras contarme, vete aquí. —El doctor sacó una hoja de su bolsillo y escribió en ella—. A la persona que te atienda, enséñale este papel, sabrá que te envié yo.

—Señor, pero si no le he comentado que haya interactuado con seres semejantes a esa tal IKU que usted menciona.

—No hace falta que lo digas, soy OMO SHANGO y adivinador por excelencia.

—¿Que es qué?

—Olvídalo, vete a ver a esa persona, él te puede ayudar con los problemas espirituales que estás teniendo.

—¿De casualidad los ángeles bajaron a la tierra, doctor?

—¿Y ahora por qué preguntas eso?

—Porque al lado de mi madre hay una doctora. —Luego de una sonrisa, el doctor le respondió:

—Pues no me lo pregunte a mí, pregúnteselo a ella.

—Quizás la próxima vez.

Paulo salió de aquel hospital con el rostro de la joven Daniela pegado a su corazón. También halló la historia del doctor un poco exagerada, pero en esas cuestiones extremas y circunstancias no le quedaba de otra, tenía que ir a la dirección que señalaba el papel. Hizo un gesto con su mano, indicando a un taxi que se detuviera, luego le señaló su destino. El lugar se encontraba un poco apartado de la ciudad, en esa zona abundaban muchas personas de color, o sea, afroamericanas. Al despedirse del chofer caminó en dirección a la casa, pudo apreciar que en la esquina se encontraban muchas personas sentadas en sillas improvisadas, Paulo tragó en seco, sentía pavor en aquel lugar. Por suerte para él se hallaba tocando el timbre de la casa indicada. Minutos después, la puerta se abrió, una joven de color, que vestía todo su cuerpo de blanco excepto sus collares confeccionados por varios colores, le preguntó:

—¿Qué desea?

El muchacho, sin decir una palabra, solo le entregó la nota. La muchacha ejerció una leve lectura y le indicó que esperase su regreso, adentrándose en la casa. Un tiempo después volvió.

—Por favor, pase, lo están esperando. El joven, muy tímido, se introdujo en aquel lugar donde solo entraba una tenue claridad—. Camine hasta el final del pasillo.

Aquella casa estaba plagada de cosas irreconocibles, pero reconoció algunos cocos y semillas que su padre le había mostrado en fotos, abundaban mucho en cuba.

Un señor de unos setenta años se encontraba sentado encima de una almohada, también su vestimenta era blanca al igual que su cabello, todo lo opuesto a su color de piel. Portaba muchos más collares que la joven anterior.

—Por favor, siéntate, no tengas miedo.

—No tengo miedo, señor. El anciano disimuló una leve sonrisa. Acto seguido sacó un tablero y en su mano portaba una cadena a la

cual estaban sujetas varias cosas, él la llamó Ekuele. Lo miró detalladamente, eran trozos de cocos, por un lado, tenía rayas de un lado a otro, por el otro lado, se encontraban sin inscripciones.

—¿Cómo te llamas?

—Paulo, señor.

Luego comenzó a rezar, después de unos quince minutos, lanzó aquel artefacto religioso. El anciano comenzó a interpretar las señales llevándose las manos a la barbilla.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Paulo con algo de curiosidad.

—Sí, sucede algo muy malo. Usted tiene un pacto con IKU.

—Perdón, ¿cómo dice?

—No lo digo yo, joven, lo dice Orunmila. Usted tiene un pacto con la muerte.

El joven comenzó a sentirse mal, sudaba frío, ¿de qué manera el anciano supo lo de su encuentro con aquel ser, no se lo había contado a nadie. Será que este Orunmila lo sabía todo», se preguntó a sí mismo.

—¿Qué puedo hacer al respecto?

El anciano tomó otra vez el Ekuele en su mano y, lanzándolo, dijo:

—Onishe IKU. —Observó llevando nuevamente la mano a la barbilla—. Lo lamento, pero no puedo hacer nada.

—¿Cómo que no se puede hacer nada? —replicó Paulo.

—Le pregunté a Orunmila si había algo que hacer para saldar el pacto.

—¿Y qué te ha dicho?

—Dice que es asunto de ustedes dos, que lograrán entenderse.

Al abandonar aquella, fue hundiéndose poco a poco en un pavor penetrante e incómodo, aislado de cualquier sentimiento alegre.

—Un pacto con la muerte, ¿sería aquella hoja que desapareció de mi libreta?, las palabras estaban escritas en otro idioma, ¿qué he hecho? —decía el joven envuelto en la locura—. Solo intenté salvar la vida de mi madre y por ella sería capaz de hacer cualquier cosa, pero esto del pacto sobrepasa los límites. Debí de rezar mucho más al altísimo, él quizás me daría alguna respuesta, sin embargo, ahora estoy lidiando con las fuerzas del mal. Algo me impulsó a firmar esa hoja, ni cuenta me di de lo que estaba haciendo, solo minutos más tardes fue que entré en sí. No era un sueño ni una ilusión, era la cruda realidad. Según Orunmila ahora tengo un pacto con este ser oscuro, el cual desgracias solo trae a la vida.

De esta manera, Paulo se intentaba torturar psicológicamente mientras un taxi atravesaba las calles, dejándolo justo debajo de su departamento. Al bajar del auto miró a todas direcciones y suspiró profundo, el peso que llevaba era demasiado.

Mientras subía no tuvo más opción que guardar su miedo en una cajita de anillos, al entrar no observó a ningún lado y de una se coló en el balcón, lejos de ese cuarto maldito que últimamente se inclinaba por las ventanas sobrenaturales. La noche caía cubriendo la ciudad con una sábana negra sin dejar siquiera un tenue rayo de sol.

«Llena de sorpresas», pensó el joven sosteniendo un Marlboro con sus labios, fuera donde el aire era más puro, lejos de la penumbra de su cuarto. Nulo de pensamientos, ajeno al tema que comentó aquel anciano. El día había tenido un clima agradable, pero de pronto comenzó a hacer mucho frío, demasiado como para saber que se trataba de algo fuera de lo normal. Lentamente giró su cabeza al otro costado del balcón, el frío le subió mucho más aún por todo su cuerpo, pues allí se encontraba sentado en la misma posición de Paulo, observando a quién sabe dónde. Su manto negro cubría todo su cuerpo, dejando solo a simple vista sus manos y pies, que tenían forma de huesos o algo parecido.

Atónito, y sin saber qué hacer, se mantuvo quieto y tragando saliva en reiteradas ocasiones.

—No temas, no vengo a hacerte daño. —Fueron las primeras palabras del ser oscuro, quien no recibió ninguna respuesta a cambio —. Sé que no es común entre los humanos ver cosas fuera de su mundo, como yo. Te explicaré para que entiendas todo. Tú me vas a enseñar los placeres de la vida, todo lo bueno que existe en ella, y a cambio yo te devolveré a tu madre, así de fácil es nuestro contrato.

Después de restregar sus ojos varias veces, y darse cuenta que aquello era cierto, aquel hombre, dios o ser inmundo que vio tiempo atrás, quien no lo dejó lanzarse al vacío para terminar con su desgraciada existencia, aquel a quien en los libros el ser humano llamaba muerte, se encontraba justo a su lado, planteando cosas como si se conocieran de toda una vida. Paulo, con sus pies temblorosos, intentaba levantarse, sudaba frío y su corazón comenzaba a palpitar más fuerte de lo habitual. Al estar ya de pie, escuchó.

—Yo tú me vuelvo a sentar, tenemos mucho de qué hablar.

Sacando un aliento retador desde lo más profundo de su ser, replicó:

—Yo no tengo nada que hablar contigo, por favor, déjeme en paz.

Aquel ser de cara inmostrable se giró en dirección a él y le mostró un papel, el cual no tardó en reconocer.

—Tenemos un contrato, recuerdas esta hoja, contiene tu sangre, y con ella tu juramento conmigo, fuiste tú quien firmó, no yo. Solo te mostré la vía más rápida y adecuada para poder ayudarte y que tú me correspondieras. Enséñame las cosas buenas de la vida y yo rescato a tu madre de ese estado que la sitúa en una dimensión entre los dos mundos, esperando su destino final.

Cada palabra pronunciada le hacía sentir a Paulo mucho más frío, pero sus nervios comenzaban a tomar las riendas de la situación.

—Yo no puedo ayudarte —dijo al fin.

—¿Por qué no?

—Eres la muerte. Te llevas la vida de personas inocentes, haces

daño y eres cómplice del pecado. Eres incapaz de saber el daño que causas, ya que ni tienes sentimientos, eres un insensato que desahoga su placer en expandir el sufrimiento. En la tierra eres la creación de satanás y cuando tu nombre se pronuncia solo el llanto lo apoya.

Paulo se quedó sin oxígeno. Soltó toda aquella ráfaga de palabras como balas, dirigidas al ser inmundo, dando así su forma de pensar. Al levantarse aquel ser, el muchacho cayó de nalgas al suelo.

—Primero, solo uno tiene el don de crear y satanás siente mucho miedo hacia él. Segundo, me llaman muerte porque la humanidad decidió nombrarme de tal manera, ni yo conozco su significado. Y tercero, ¿quién me ha conocido para saber si me llevo la vida de personas inocentes o para juzgarme como mala o cómplice de pecado como tú bien dices?. Solo llanto traigo a la vida según tú y, si tengo sentimientos, los cuales desconozco, por eso acudo a ti. Yo solo mantengo el equilibrio en la tierra porque él me puso aquí para cumplir ese objetivo.

Paulo se quedó observando fijamente a la muerte, como la humanidad lo llamaba.

—Si me puedes ver en mi forma original fue porque firmaste el contrato, y si estás hoy aquí es porque te saqué de esa dimensión donde te encontrabas y, además, no me decidí a mostrarte la verdad hasta que pronunciaste esas palabras antes de subir a lo más alto del edificio e intentaste quitarte la vida.

El joven, en su rompecabezas de pensamientos, recordó las palabras que mencionó aquel día: “Si la muerte fuera tan solo mi amiga”. Comenzó a entender el juego la muerte, se encontraba allí porque fue él mismo quien lo había pedido. Giró su rostro y cuerpo con dirección al parque, metió su mano temblorosa en el bolsillo y a duras penas logró encender un cigarrillo.

La muerte no lo presionó más, decidió tomar la posición anterior, dejar que todo fluyera. Según el altísimo, Paulo era el indicado, y dios nunca rompe sus promesas. Las brisas del viento soplaban fuertes trayendo todo el ruido de la ciudad, que se escuchaba con mucha

claridad: Los carros que transitaban las calles, las personas que conversaban del bien, del mal y de la vida cotidiana.

«Ha dicho que puede hacer que mi madre vuelva en sí, también mencionó que no tiene ningún vínculo con satanás y quiere que le enseñe lo que es la vida, menuda locura», pensaba Paulo.

Se giró lentamente, observando la penumbra que yacía a unos metros de él. Aquel ser se veía muy tranquilo, recostado en la pared como si fuese otro habitante más de la tierra.

—Si no eres malo como dices…

—¿Qué? —interrumpió la muerte. El joven cambió rápido el curso de su pregunta.

—Bueno, entonces dime, ¿cuál es tu verdadero propósito en la tierra?

—Dar paz a las almas cansadas, guiar a aquellos espíritus que peregrinan en las calles, cuya existencia en este mundo concluyó.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

Luego de quedarse pensando, el ser le respondió.

—Llámame como quieras.

—Te llamaré Merci.

Intrigada, la muerte preguntó.

—¿Por qué ese nombre?

—Merci en inglés significa misericordia, y según usted les da paz a las almas cansadas. —Aquel ser no dio indicios de respuesta, estaba teniendo una charla con un ser humano de nuevo, llevaba un ciclo esperando ese día. Cuando algunos minutos habían ido al sepulcro, este retomó nuevamente el tema.

—Entonces me enseñarás los placeres de la vida.

—Yo no te puedo enseñar eso.

—¿Por qué no?

—Yo solo tengo dieciocho años. Solo un sabio podría darte lo que quieres.

—La inocencia es permitida, Paulo. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre, comenzaba a fluir un aire de confianza entre los dos.

—Todo lo bueno de la vida te lo puede enseñar una persona que tiene familia, amigos y por supuesto que haya probado, aunque sea una vez, el sabor de lo que llamamos amor.

—¿A qué te refieres con el sabor del amor?

—Que haya tenido una pareja cuyo vínculo es tan grande que ni el mar ni la tierra los pueden separar.

—Creo que comienzo a entender.

—Y como ves estoy solo, no tengo nada. Un sueño muerto de alguna vez convertirme en escritor. Lo siento mucho, yo no te puedo ayudar, no soy el indicado para ser tu tutor.

—Tú más que nadie eres el indicado.

—¿Cómo puedes decir eso?, no ves el número de obstáculos que acabo de mencionarte, es la realidad de mi miserable vida.

—Eres el elegido porque él te señaló a ti, y si él lo dice es que eres tú, y ya basta.

—¿Quién es el del que tanto hablas?

—El creador, el que todo lo puede, todo lo hace y todo lo perdona. Él es la vida en la tierra, en el universo, el ser humano está hecho a su semejanza y él los ama.

—¿Te refieres al dios que cuenta la biblia?

La muerte se levantó y dijo.

—Me voy, volveré cuando elija un sentimiento que tenga que ser desenterrado de mi alma.

De ese modo, la muerte desapareció, desintegrándose en el viento

poco a poco.

Capítulo 5

«Qué podría yo enseñar de la vida a quien la quita según el ser humano, estoy confundido, qué sentimiento podría despertar yo en su interior. La soledad tal vez, no, en eso él tiene un doctorado, se ha encontrado solo toda una existencia. No me romperé más la cabeza, que se haga la voluntad de Dios. Por mi madre, yo haría cualquier cosa, hasta me volvería astronauta si así fuera».

Después de tanto pensar sin hallar solución, decidió tomar una ducha, comer algo e intentar tirarse a la cama para tomar una siesta como lunas atrás no tenía.

Al despertar salió rumbo al hospital, no se creía nada de lo sucedido el día antes. A la vez, confundido, emocionado y triste, no asumió de una vez lo sucedido a su madre. La vida sin ella no era lo mismo y él sufría al observar la cocina y ver la imagen de ella preparando la cena, o al ver una película, siempre lo hacían, desde joven le gustaba las de terror, pero sabía que tenía el lecho de su madre como refugio en la madrugada.

Tomó su primera parada en una tienda de ventas de flores. Compró un bello ramo de rosas de aroma exquisito y una orquídea blanca que reflejaba la total pureza. Al llegar a la sala colocó el ramo sobre una mesita, donde le brindó un aroma especial al lugar.

Tomó la mano de su madre, acariciándola con una mirada de esperanza, derrochando su tristeza en aquella sala.

—Pronto se recuperará. —Escuchó a su espalda.

Paulo frunció el señor y la vio, allí estaba Merci, en un costado de la habitación.

—¿Qué haces aquí? Alguien puede verte.

—Tranquilo, nadie excepto tú puede notar mi presencia.

Un suspiro salió de su interior, no le gustaba la presencia de la muerte en la sala de su madre, no confiaba en ella. Ni siquiera sabía cuáles eran en verdad sus intereses. «No siempre lo que nos dicen es la verdad», pensó.

Fue entonces cuando unas risas acompañadas de unos hermosos ojos verdes entraron al lugar. Era Daniela, que se sorprendió al ver a Paulo al lado de su madre, cuando era ella que debería estar allí.

—Disculpe mi irresponsabilidad por dejar a su madre sola. Tuve que atender una llamada telefónica desde la cabina de abajo, como ya sabe, no nos dejan entrar los celulares al hospital.

Él asintió en forma de disculpa aceptada y mientras miraba a Merci, que los observaba a ambos.

—No se preocupe, Daniela, mi madre está en buenas manos —dijo Paulo sin quitar la vista de su nuevo amigo.

—Son muy bonitas las flores —dijo la joven observando el ramo.

Él, paralizado en su subconsciente, buscaba una manera de poderle entregar la orquídea a la joven.

—¿Le sucede algo?

Paulo se quedó en el vacío, observando a un costado de la sala, donde solo había un asiento.

—Tome —dijo al final entregando la orquídea a la joven, quien la aceptó con aspirando fuertemente, como para absorber todo su aroma de una sola vez.

Ya todo sonrojado del pudor, dijo:

—Es por agradecimiento a todo lo que hace por mi mamá.

—No hacía falta —dijo la joven fascinada por el detalle.

—Es solo por cortesía, señorita Daniela.

—Llámeme Dani, y olvide lo de señorita, por favor.

—Está bien, Dani.

—Le diré a mi novio que comience a juntarse con usted para ver si adquiere algo de caballerosidad.

El joven tragó en seco y con su salida se esfumaba toda esperanza de conquistar a la joven.

—Me marcho —dijo un poco apenado—. Dejo a mi madre a tu cuidado. —Antes de irse, la joven lo llamó.

—Muchas gracias por la flor.

Él asintió mientras Merci se encontraba observando a la joven. Paulo preguntó por el doctor, ansiaba verlo, pero, para su mala suerte, era su día libre.

«Qué lástima», pensó, «tenía mucho que preguntarle acerca de su religión».

Se aventuró a merodear las calles de la ciudad sin que ningún horario ni rutina estropease su soledad. Mientras caminaba, una pareja de jóvenes pasó a su lado, él los observó hasta ya no poder verlos. Los notó muy felices tomados de la mano, compartiendo secretos y experiencias, «qué bonito se manifestaba el amor desde fuera». Ya pensaba en lo que se sentía al tener a ese alguien al lado en quien confiar y darle todo el amor acumulado desde tantos años.

Que cosas tenía el destino para un joven que necesitaba compañía más que nada en el mundo, le habían enviado a la muerte, la cual, sin darse cuenta ya, Paulo tenía a su lado.

—¿Qué hace?

El aliento frío le puso los pelos de punta al joven.

—Ahora vas a manifestarte en todas partes.

—Tenemos un contrato, ¿recuerdas? —dijo enseñándole otra vez la hoja.

—Vamos —agregó el joven sin mirarlo de nuevo.

Se sentaron en un parque donde había muchos niños de temprana

edad jugando con sus padres. El aire era puro, se escuchaba el canto de las aves y la felicidad resaltaba con las risas de las personas. Él tomó asiento en una esquina del banco y la muerte en la opuesta, dejó un vacío entre dos mundos diferentes, que ninguno de ellos estaba dispuesto a llenar. El ambiente estaba nublado de armonía, son esos momentos que brinda la vida, los cuales no queremos que se marchen nunca de nuestro lado.

—¿Qué es lo que se siente?

—¿A qué te refieres?

—A la joven que cuida a tu madre. Le has regalado una flor. ¿Por qué?

—A Daniela, ¿a dónde quieres llegar con esa pregunta?

—Quiero que me digas por qué le diste la flor a ella.

—No fue nada, como te dije. Tú estabas escuchando todo en esa habitación, solo agradezco lo que hace por mi mamá.

—¿Y qué hace ella por tu madre?, no vi que hiciera nada fuera de lo común.

—Todos no pueden hacer milagros ni regalos con valor, pero la compañía vale más que cualquier cosa en el mundo en situaciones como esta.

—Y esa flor se regala en esos momentos.

Paulo suspiró en el primer día de clases, su alumno hacía, muchas no, demasiadas preguntas.

—No, también son detalles que se le dan a las mujeres como prueba de amor.

—Entonces tú estás enamorado de ella.

—No, no, ya te expliqué con qué propósito le entregué la flor.

—¿Y por qué no lo haces de la otra manera?

—No la escuchaste, tiene novio.

—¿Y eso qué hace?

—Hay que respetar a los demás, no se puede ir por ahí coqueteando con mujeres casadas.

—¿Y qué es coquetear?

Paulo le lanzó a su amigo una mirada de látigo.

—Olvídalo, ya está bien.

Una pareja que pasaba por el lugar se quedó observando al chico y les pareció que estaba loco. Bueno, eso pensaron al verlo hablando solo. Luego de un breve silencio, y cuando ya la pareja se encontraba lejos, Merci agregó.

—¿Y no te gustaría amarla? —Paulo suspiró desde lo más profundo, pareciera que se encontraba al borde de la apnea.

—Quisiera poder encontrar una compañía con quien poder expresar mis sentimientos.

—Aquí me tiene a mí —dijo Merci. El joven se echó a reír—. ¿Qué sucede?

—No, no es nada, solo me río porque algo me causó mucha gracia. ¿Y tú no te ríes?

—¿Qué es eso?

—Reír es una emoción que nos hace sentir felices, se manifiesta en diferentes aspectos, lugares y momentos de la vida. Reír es alejar todo lo malo, como la tristeza y el sufrimiento. Hablando del tema, tengo que enseñarte también acerca de lo malo.

—No, eso no.

—¿Y por qué no?

—Yo sobre ese tema lo sé todo.

—Pero ayer me contaste que tú eras bueno.

—Bueno, pero todo lo malo no quiere decir que sea malo, o también a la inversa es lo mismo.

—Sí, eso es cierto, hay personas que tienen todo para hacer el bien, pero se empeñan en peregrinar en el mal.

—¿Qué tipo de amor sienten ellos?

—¿Quiénes? —Merci señaló a un padre y una madre que jugaban con su hijo—. Ese amor es algo muy especial, no tiene nada que ver a lo que yo pudiera sentir por Daniela si fuera el caso.

—Me has dicho que no sentías amor por Daniela.

—Sí, eso he dicho, pero solo fue un ejemplo para mostrarte la diferencia. En este caso, esas personas que ves allí pasaron su amor a otra fase.

—Otra fase dices.

—Sí, ese niño que ves allí será un vínculo entre ellos dos para toda la vida. Pueden separarse, su amor se puede marchitar, pero solo morirá el amor entre ellos, no el que sienten por su hijo.

—Comienzo a entender que todo gira alrededor de su hijo, este los ha unido por siempre, ¿no es así? —El joven asintió con la cabeza.

—¿Y tú por qué no tienes hijos?

—Me vas a volver loco, ya te enseñé algo de la vida, analiza, si no tengo siquiera el amor de una mujer, cómo voy a tener un bebé. Mira, mejor vámonos, que va a comenzar a llover.

Capítulo 6

El cielo se encontraba de completo gris, lo que anunciaba tempestad y mal tiempo.

«Para ser el primer día me parece haberlo hecho de maravilla, tendré que salir más a la calle presenciando situaciones así, quizás hasta yo aprenda algo y pueda lograr mi propósito».

Paulo iba tan sumido en su pensamiento que al observar a su lado ya Merci había desaparecido, y con él sus preguntas que lo volvían loco. Al llegar a su casa, la lluvia comenzaba a desterrarse del cielo, debía de hacer frío, pero no, todo allí se sentía cálido, el joven, complacido con su labor, ya se pensaba un sabio. Después de una taza rica de capuchino decidió que al día siguiente le explicaría un truco y también que le cambiaría el nombre y le podría “por qué”, se reía en su interior. Sin embargo, al entrar en su cuarto, allí se encontraba otra vez esperando con su rostro indescifrable y su cuerpo cubierto con aquella capa oscura a primera vista, era la peor escena de terror que pudiera vivir un ser humano.

Incómodo por la situación, Paulo le dijo irónicamente.

—¿Qué haces aquí?, ya hemos terminado por hoy. —El ser se limitó a no dar respuesta alguna y mantuvo su posición. En cambio, el otro, ya acostumbrándose a la presencia de su amigo, decidió quitarse los zapatos y tenderse en su cama. Los relámpagos y truenos se apoderaban de la noche, haciéndola espeluznante, entonces se escuchó el llamado.

—Paulo. —El muchacho de un tiro se sentó en la cama.

—¿Qué?

—Me ha surgido una duda.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—No, que ¿cuándo no tienes dudas?

El ser no atinó la broma y, aunque lo hubiese hecho, no tenía cómo expresarlo, la muerte no sabe sonreír. No conoce la felicidad.

—¿Cómo es el alma humana?

—Especifica.

—El día de hoy, según tú, lo categorizaste con la palabra…

—Espléndido.

—Sí, ¿por qué lo llamaste así?

—La verdad no sé qué tiene que ver esto con el alma humana.

—Solo dime lo que pregunté.

—Es solo que me sentía bien, un aire puro, el sol tan omnipotente acariciándonos con sus rayos de sol y las cosas que vimos a nuestro alrededor, me sentí despejado, hacía mucho que no tocaba el vacío de la tranquilidad espiritual.

—Y ahora responde. ¿Puede el alma humana cambiar tan rápido como el día de hoy?

—Te refieres a la tormenta que vino luego.

—Sí, todo cambió de tranquilidad a intranquilidad, de seco a mojado, del día a la noche y la luz a las tinieblas. ¿Puede el ser humano experimentar cambios tan bruscos de bien a mal?

—El daño y el sufrimiento hace adaptarse a las personas a un estado muy diferente, pero sí te diré algo: el que sea luz y de un momento a otro se manifieste como tinieblas nunca fue luz.

—Acabas de decir que era luz.

—Es como lo bueno y lo malo, a ver si me entiendes. Ese tipo de personas se hacen por gentiles, amables y compasivas, todo es una falsedad. Ellos no son nada de lo que ves, es lo que quieren que tú creas de ellos. En nuestro mundo le llamamos envidiosos e hipócritas, que a la primera no pierden la oportunidad de hacerte daño. Entre su inocencia, la muerte comenzaba a entender algo respecto a la creación del señor.

—Todas las personas no son lo que aparentan, eso es lo que me quieres decir.

—Todos tenemos dentro de nuestra alma una moneda de dos caras, una buena y una mala. Solo nosotros decidimos cuando mostrar el lado bondadoso, lleno de amabilidad, o el opuesto, nuestro lado oscuro. Esta es la lección más importante de la vida, decidiremos quién queremos ser, nuestro futuro dependerá de ello.

—Y tú, ¿por qué quisiste terminar con tu vida?

Paulo frunció el ceño antes de darle la espalda a su alumno. Segundos más tarde pudo sentir la presencia de su amigo trasladándose hacia el lado de su cama.

—Diré algo, aunque no sé nada de ella.

—¿De qué

—De la vida. Todas las almas que acompañó a su destino solo sienten una cosa, Paulo.

—Sí, ¿qué cosa sienten?

—Arrepentimiento. Se arrepienten de todo, del último abrazo, del último beso, del último adiós, de todo aquello que les quedó por hacer, y lo que más les duele es no haber perdonado a quienes lo merecieron.

—Nada de eso tiene que ver conmigo.

—En especial sí, porque los que mayor arrepentimiento sienten son los que terminan con sus vidas como tú lo ibas a hacer. Algunos piden cinco minutos más, otros se lamentan por su miserable vida, pero al

pasar unos minutos observando se dan cuenta que, buena o mala, rica o pobre, era vida, existían y estaban vivos.

El joven nunca volteó su cara, solo escuchó e interiorizó aquellas sabias palabras.

—Solo quiero que no malgastes tus días, aprovecha lo que se te fue dado y no sientas arrepentimiento en tu final, ya sé por qué él quiso que fueras tú. Me salvarás mediante tu enseñanza, pero de igual manera yo te salvaré a ti, sabes lo que es la vida y su significado, aunque eres incapaz de saber vivirla.

Ya cansado de su lección, Paulo se volteó para encarar a su amigo, pero ya no se encontraba en la habitación.

Había desaparecido, y con él los truenos y los relámpagos.

Con la compañía de su amiga la soledad, y la meditación, logró encontrar el sueño, hasta que unos tenues rayos de sol colados por la ventana le dieron unos golpecitos a sus ojos, anunciando el nuevo día.

Después del aseo y de comer algo fue a por su chaqueta, que se encontraba justo encima de la mesita donde escribía, notó algo encima de esta. Algo que él no recordaba haber colocado ahí. Un párrafo había sido marcado y estaba subrayado de inicio a fin. Era la biblia y el joven pensó que alguien quería que leyese ese contenido, era de Mateo 6... 25-34, y decía:

«Por lo tanto, yo les digo, no se preocupen por lo que han de comer o beber para vivir, ni por la ropa que han de ponerse. No vale más la vida que la comida y el cuerpo más que la ropa».

Al terminar la lectura sagrada, el joven cerró la biblia y la devolvió a su lugar, luego caminó a su balcón acompañado de un cigarrillo, ya se estaba acostumbrando al lento asesino de pulmones. Un día aún más bello que el anterior, un clima agradable, miles de personas caminando como lo hacían a diario, sabiendo que miles morían todos los días, pero el ser humano tenía muchos problemas como para preocuparse por lo demás, por ejemplo, la monotonía cotidiana: era

más importante trabajar y tener comida en su mesa para sus familiares.

El joven observó el cielo y, mientras el sol nublaba su vista, pronunció:

—Vida, ahora yo quiero saber lo que es la vida, quiero sentir, quiero vivir más y más. Abandonó el edificio con una autoestima inigualable, nunca se había sentido así en su antigua miseria emocional. No se limitaría más a las cosas que le temía. Daría todo de sí, pensó en las confesiones de las almas que Merci acompañaba, que no tuvieron tiempo de perdonar a los que amaron, y miles de ejemplos más, los cuales pasaron por su cabeza. Al recordar el proverbio del rey salomón, se le abrió aún más las entendederas.

«*Perezoso, levántate, nadie hará tu trabajo por ti*». Esto también trajo a su mente la frase que usamos mucho en la actualidad: "*no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy*". Luego se preguntó así mismo si habría un mañana.

Antes de llegar al hospital hizo una parada en la tienda de flores, un ramo para su madre y una bella flor para su destino: Daniela.

En el pasillo, de camino a la sala de su madre, su corazón comenzó a palpitar de una forma diferente, eran sus nervios que actuaban como motor de impulso.

Al poner un pie en la sala notó que la joven estaba sentada justo al lado de su madre. Aquel bello rostro no era el mismo, sus ojos verdes estaban siendo invadidos por grietas rojizas desprendiendo lágrimas de sangre. El contacto visual fue instantáneo y la reacción fue pasar una toalla por la cara y fingir una sonrisa.

Frustrado, Paulo se acercó con algo de inquietud, no sabía qué hacer en esa situación. Colocó el ramo de flores al lado de su madre y la besó suavemente en su frente. Observó nuevamente a la chica y se topó con un cruce de miradas.

—Esto es para ti. —Extendió la rosa mientras Daniela la aceptaba con acto de gratitud. Al tomar asiento se preguntaba así mismo. «¿Por

qué la flor estaba marchita y triste, que le sucedía?», se negó a romper el hielo a esperas de que fuese ella quien hablara, pero eso nunca sucedió. Al pasar media hora ya no se contuvo más.

—¿Te sucede algo, Daniela?

Con mirada inocente, ella negó con la cabeza.

—Si alguien te está molestando, puedes contarme.

Un respiro profundo fue lo que Paulo escuchó, ella tenía que desahogarse, no podía quedar con todo aquello dentro.

—Es mi novio, me ha dejado y se ha marchado con otra.

—¿Y por qué?

—Dice que soy muy aburrida para él, es que sin Manuel no he podido tener una relación estable por más de un par de semanas. Tal vez tenga razón, soy demasiado aburrida. Es que no soy digna de que nadie me quiera —terminó diciendo mientras escondía su cara repleta de lágrimas de sangre detrás de la toalla.

—No es eso, te lo aseguro. —Le frunció el ceño por encima de la toalla—. Ellos no valoran lo que tienen y no digas nunca que eres un fracaso, porque así no es. Eres agradable, bonita, amable y sencilla, muchos se morirían por tenerte de pareja.

—Solo estás dándome ánimos, Paulo, y es porque no quieres verme en esta situación.

—No, hablo en serio —dijo mientras se acercó a ella observando aquellos ojos tristes, desgastados de sentimientos, y le tomó la mano —. Mi padre murió hace muchos años, pude compartir muy poco de mi vida con él, pero siempre me decía una frase que nunca olvidaré: «LOS HOMBRES NO SE MIDEN POR LAS VECES QUE SE CAEN, SINO POR LAS QUE SE LEVANTAN». Tómalo para ti y ponlo en práctica para superar los momentos difíciles.

La muchacha se quedó atónita.

El joven abandonó la habitación, pero antes dejó bien claro que su

madre estaba en buenas manos. Se fue más confiado y decidido, sabía que podía conquistar el corazón de aquella flor. Al salir del hospital se encontró con el doctor, que se bajaba de un taxi. Lo saludó con una tenue sonrisa y se aproximó a él.

—¿Cómo estás? ¿Has venido a ver a tu madre?

El joven asintió.

—Dime, ¿qué te ha dicho el padrino?, no tuve tiempo de explicarte todo antes de que te marcharas.

—Sí, te doy las gracias, doctor, pero no entiendo mucho de lo que me dijo aquel hombre, mencionaba muchas palabras en un extraño idioma. El doctor echó una leve sonrisa.

—Es Yoruba, Paulo, una religión que nació en Nigeria y se ha expandido por el mundo. Al anciano que fuiste a ver le llaman Babalawo, que significa sacerdote de IFA, sacerdote de dios, intérpretes de Orunmila. Bueno, no seguiré hablando del tema, quiero darte una buena noticia. Tu madre mejora por día, es poco, pero vamos bien. —El joven no pudo contenerse y abrazó al doctor sin pensarlo, dándole gracias por el trato recibido y por todo lo que había hecho por él y su madre.

—Ya quedaban pocas personas como él en el mundo que se dignasen a ayudar sin recibir dinero o regalo alguno a cambio.

—No, para nada, Paulo, ya verás cómo pronto se recupera, tengo que ir a trabajar, nos vemos luego.

Ya cuando se habían dado la espalda, el doctor añadió.

—Paulo, se me había olvidado, el ángel pasa todo el día al lado de su flor, no se desprende de ella por nada en el mundo. El joven sonrió y asintió con la cabeza. Quería descansar un rato, tomó un autobús y en su tercera parada lo abandonó. Caminaba calle abajo hasta llegar a una zona de campo, por fuera la protegía una cerca de dos metros de aluminio conocida como punta de lanza. El joven caminó a la entrada, el cartel tenía escrito “bienvenidos al paraíso”. Caminó en dirección al aire puro que desprendían los árboles. Tomó asiento en una pequeña

elevación de tierra cubierta por un suave césped, un frondoso manzano lo protegió, brindándole su apoyo con sus ramas, evitando que llegaran hasta él los rayos del sol. Allí la vista era perfecta, el lago poblado de patos y diferentes aves. El canto de los pájaros que volaban de un lado a otro era naturaleza viva como en los tiempos de Adán y Eva. «¿Qué problema o preocupación no podría desaparecer en un lugar como aquel donde se sintió libre y con ganas de amar y ser amado?». Aquel lugar tan bello le traía muy bonitos recuerdos, que mantenía en el fondo de su corazón, recordó la alegría de toda su niñez, qué pecado se podía convertir en un lugar tan encantador y relajante como aquel. No tardó en darse cuenta que él no se encontraba solo en aquel acogedor lugar, a su lado ya tenía compañía. Merci tenía su misma posición, encima de la elevación sentada, y parecía que observaba a lo lejos con sus ojos ocultos detrás de aquella oscuridad donde se ocultaba.

—Sabes, mi padre me traía mucho a este lugar, le encantaba observar la naturaleza, decía que su país estaba lleno de lugares como este, donde la vida fluía y el aire era puro. Solía venir aquí para recordar su país, el cual amaba, pero tuvo que abandonar por gente mala.

—Eso siempre va a haber, Paulo, gente buena y gente mala.

—¿Y por qué todos no pueden tener una misma opinión y ser felices? Desde que Eva comió de la fruta adquirió la sabiduría para reencarnar lo bueno y lo malo, y respecto a lo último, mencionando la sangre de Abel claramente se ajustició desde la tierra. Todo comienza en un lugar como este, lleno de paz y vida —dijo Paulo la ley en la Biblia—. La humanidad está sometida por la desavenencia de una mujer y por un hombre no tener las agallas de decir que no, y justifica su error culpando al creador de la compañera que él le había dado, sí, todo comenzó en un lugar como este.

El silencio se esparció entre la muerte y el chico, se escuchaba la melodía del canto de las aves y el viento soplaba de un lado para otro creando pequeñas ondas parecidas a olas encima del lago. Tanta belleza había sido testigo del comienzo de la lucha entre el bien y el

mal, todo por la tentación de Satanás, está el hombre destinado a ser tentado, a traicionar y a mentir buscando excusas para tapar su error, error que lo ha excluido de por vida, pero es el ser humano más perfecto imperfecto que existe en la faz de la tierra, capaz de exterminar a los de su misma raza para obtener oro y riquezas cegado por la codicia que los llevaba a lo más profundo de la tierra y será demasiado tarde para darse cuenta de sus errores. Ni catástrofes, ni meteoritos, ni diluvios acabarán con el ser humano, ninguno de estos se llevará tal mérito, será el mismo ser humano el que se encargue de cometer tal acto.

—Yo nací ese día —dijo a la muerte.

—¿Qué día? —preguntó el joven.

—El día que se comió el fruto prohibido fue el día en que yo fui creado. Desde ese día los animales, las plantas… todo muere sin tener más uso en la vida, todo fue firmado en el jardín del Edén.

—Pero de lo malo se aprende a sacar lo bueno —dijo el joven.

—No te entiendo, Paulo, después que algo muere deja de servir.

El joven se paró y observó a todos lados y vio una hoja seca que estaba justo debajo de la elevación. Fue hasta allí, la obtuvo y se dirigió nuevamente a donde estaba su amigo, que esperaba el secreto de que la muerte servía para algo.

—Mira —dijo Paulo tendiendo la hoja—, ¿qué ves aquí?

—Una hoja seca que pronto se convertirá en nada, está muerta desde que dijo el árbol su destino.

—¿Es eso lo que ves, que la hoja está muerta?

—Sí —dijo de nuevo Merci.

—Pues, donde tú ves muerte, yo veo vida, volteo el agua y muchos insectos refugiaba en ella, el destino de la hoja no era morir cuando abandona el árbol, ahí es que comienza a vivir brindándole protección, asientos para insectos, es como dijo un gran escritor: “De lo bueno siempre se saca algún provecho, hay que aprender a

aprovechar lo malo”. Es como has dicho, desde aquel día, en que Eva supo distinguir lo bueno de lo malo, se condenó la humanidad. Pero ahora el ser humano se refugia en Adán y Eva porque ellos cometieron el primer pecado, y corren a pedir perdón cada vez que pecan.

—No entiendo, Paulo, ya sé que la muerte no es lo último, muchas cosas como esa hoja comienza en el momento que abandona el árbol, momento que yo creía que acababa de morir, hasta ahí voy bien, pero lo de Adán y Eva y el pecado, ¿qué quiere decir?

El joven aventuraba su mirada más allá del lago, la muerte tomó el mismo camino a espera de la respuesta.

«Yo había aprendido algo muy importante relacionado con ello y que no percibía, solo sabía que el creador le indicó aquel joven, porque cada uno de ellos era el encargado de salvar al otro».

—Lo que quiero que entiendas, Merci, es lo que yo no sabía hasta que entré aquí de nuevo y mis pensamientos tomaron otro rumbo —la muerte era todo oídos detrás de aquella capucha negra—, la humanidad es el asesino y a la vez la misma víctima, saben renacer entre el bien y el mal, lo bueno y lo malo. Y en la mayoría de las cosas hacen lo malo, saben el daño y las consecuencias de su pecado, pero la siguen haciendo, como te dije, culpando a las primeras, escondiéndose detrás de Jesús y por último culpándote a ti, la muerte vil y destructora que separa familias y arrebata almas.

—¿Tú crees eso de mí? —preguntó Merci—, ¿que todo lo que muere y deja este mundo es por culpa mía, que soy capaz de llegar a una familia donde abunda la felicidad y colmarlos de tristeza y sufrimiento?, ¿tú lo crees?

El joven sonrió y negó con la cabeza.

—Como te dije hace unos minutos, aprendí a ver lo bueno de lo malo y sé que detrás de esa capa negra hay un alma pura y llena de bondad que solo obedece y hace lo que se le manda.

La muerte se levantó y le dijo:

—Gracias por lo de hoy, pero recuerda que, como el día de ayer

tenía dos caras, ahora, donde ves bondad, pudo haber sido un alma llena de pecado y desprecio.

Capítulo 7

El joven abandonó aquel inicio de la vida y caminó las calles de la ciudad sin rumbo ni paradero, solo quería caminar y pensar en todo. Pero en todo lo relacionado con la vida… en Karla, de la que no había sabido más nada. A pesar de lo sucedido, él sabía perdonar y quizás pudieran ser amigos. También reflexionó sobre su madre, no le dijo nada a Merci, aunque sabía que lo mejor de ella se lo debía a la muerte, que cumplió con su parte del trato, así ambos se ayudaban. Y por último también tenía en su cabeza a aquella bella flor llamada Daniela, que comenzaba a ocupar su jardín. Se decidió por volver a casa, sin embargo, antes recorría el camino de aquella noche junto a Karla, le parecía verse a sí mismo siendo agarrado por la mano de la joven, fue entonces cuando lo vio en una esquina, esta vez no tenía mucha multitud rodeándolo, pero igual estaba predicando con mucha más fuerza que antes. Paulo no se acercó del todo al lugar, sin embargo, aquel hombre lo observó, era como si oliese su presencia, como si alguien o algo le dijera que el chico estaba ahí. Aunque, para sorpresa del joven, aquel al que llamaba loco Lightshow, una sonrisa le devolvió, una acompañada de un saludo consumado, se alejó con la mano en los bolsillos y una sonrisa marcada en su rostro. Se sintió bien consigo mismo, todo parecía cobrar sentido, el que él creía perdido. Observó al cielo y dio gracias al señor por brindarle un amigo con el cual hablar, el recibió a la muerte como compañero, «¿por qué no le podía haber enviado un ser humano como ayuda y confidente?, pero no, le envió al ser menos indicado, que también necesitaba de él. Nadie sabe los propósitos ni papeles que Dios tiene para nosotros en esta vida. Siempre responde nuestras plegarias, aunque en la mayoría

de los casos no sabemos apreciar que no le hemos comprendido y la respuesta la tenemos justo enfrente. El joven comenzaba a pisar el sendero que conduce a la felicidad, arriesgado y peligroso, cuando crees que estás en lo alto, solamente observa desde abajo, sin sentido y sin un porqué, pero ahí estás en el fondo, pocos se recuperan y tienen las agallas de levantar su mirada y exclamarle al mundo que no ha perdido, que solo es una prueba hecha para los puros de corazón. Las pruebas no se abandonan, solo se superan y ya está. Al conocer el sufrimiento, ya todo esto es lo que te alienta para que alcancen la felicidad en tu vida, todos necesitamos caer una vez y saber lo que se siente al estar allí en lo más bajo. En un futuro no podemos darnos el lujo de cometer los mismos errores, ya este nos enseñó y en vez de poder compartir con la joven y hermosa Daniela, pues no hallaba cómo decirle, temía ofenderla, hay mujeres muy sensibles de sentimientos, tanto que una palabra mal pronunciada en un momento no indicado podría echarlo todo a perder». Así pasaba Paulo las horas en su apartamento, esperando el momento en que se le apareciese su fiel amigo sin avisar. Sin decir nada, el joven abandonó el cuarto en dirección al balcón, no quería que Merci estropeara ese momento tan bello de pensamientos que tenía acerca de la joven. Pero, al llegar al lugar, ya la muerte estaba ahí a la espera. El joven frunció el ceño y tomó asiento en el costado opuesto, lejos de su amigo. Como de costumbre, encendió un cigarrillo y comenzó a mirarlo.

—¿En qué piensa?

—En nada —dijo el joven.

—Si esta noche la uniéramos con el precioso día que interrumpió la tormenta sería perfecto.

—Eso no existe, Merci.

—¿Qué es lo que no existe?

—La perfección, es imposible que dos palos iguales se atraigan.

—Y tú, ¿cómo sabes eso?

—La física me la enseñó la profesora, y es aplicada en el ser

humano, te quiero decir, es un tema un poco complicado, sabes que, si aplicamos la física en la forma de ser de dos personas de igual carácter, no sé si resultaría en algunas cosas y en otras no, pero, si un hombre piensa y sabe lo mismo que una mujer, ella debe agradecer que su pareja es semejante, es ahí donde está el problema, Merci, espera aquí.

El joven fue la cocina y trajo un vaso con agua hasta la mitad. Lo colocó entre la muerte y le dijo: «¿El vaso está lleno o vacío?». La muerte se quedó confundida, en la teoría que leyó el joven en un libro afirmaba que las personas optimistas dirían que el vaso se encontraba medio lleno y el pesimista que se hallaba medio vacío. Pero no era eso lo que quería enseñar a su amigo.

—Dime la pregunta una vez más. Esto es como tú lo quieras ver —respondió la muerte—, si quieres verlo medio lleno, estará medio lleno, si quieres verlo medio vacío, estará medio vacío.

El joven no esperaba aquella respuesta, pero, viendo una discusión, dijo:

—Lo que te quiero enseñar es que muchas personas lo verán de una forma y otras más de la forma opuesta. Todos los seres humanos no piensan igual, te responderé lo anterior, para eso te he puesto este ejemplo. Claro que a una mujer le gustaría una persona que supiera lo mismo que ella, y que pensara y fuera de la misma forma algunas lo valorarán. En cambio, otras con el tiempo se aburrirán y terminarán la relación.

—¿Y por qué? —preguntó la muerte muy confusa.

—Al sexo femenino le gusta que le enseñen cosas, que le sorprendan con nuevas experiencias y le muestren lo desconocido que nunca alcanzarán conocer. Estaban enredadas en su mismo pensamiento y desterradas de sentir vida, de sentirse vivas, eso es lo que pasa en este tipo de relaciones, mientras más diferente sean las personas mejor será su relación, la física lo dice: “los polos opuestos se atraen”.

—¿Qué son los polos?

—Olvídalo, Merci, no te daré clases de física ahora. Mira, en este mundo todos piensan diferente y es lo esencial que deberías aprender de la vida. Mi padre murió y nunca se terminó la investigación por las opiniones de las personas.

—¿Qué tipo de opiniones tenían? —el joven aspiró el humo y poco a poco fue soltándolo por la boca—, ya te dije que eso te va a matar de aquí a un tiempo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya he recogido muchas almas producto del cigarrillo.

—Pero a diferencia de ellos yo tengo de amigo a la muerte. Bueno, volviendo a las opiniones, mi padre era muy grande, de otro país, y murió por defender a una persona de color. Muchas personas tienen buena opiniones de estas personas de color, pero muchos no.

—¿Y tú cuál tienes sobre esas personas?

—Que son gente común y corriente igual que nosotros, y tienen derecho a todo por igual manera.

—¿Y por qué no se terminó la investigación?

—Es por el racismo, Merci, hay muchas personas racistas en este mundo que se creen mejores que las personas de color, y esto está mal, muy mal.

—De los asesinos, ¿qué opinión tienes sobre ellos?

—No lo sé muy bien, a algunos le da placer matar personas, otros lo hacen por venganza o problemas psicológicos, el mundo es muy complejo, pero nadie tiene derecho a quitarle la vida a otra persona por nada en el mundo. No saben el daño que le hacen a las familias por una simple diversión, como le llaman algunos a la cacería humana.

—Si yo te dijera que soy un asesino, pero no uno cualquiera, sino uno verdaderamente malo que acaba con la vida de cientos de

inocentes, ¿tú seguirías siendo mi amigo? ¿Qué pensarías de mí?

El joven encendió un cigarrillo y con mucha pasta comenzó a fumar, observando las estrellas, sumergido en el pensamiento, procesaba la mejor respuesta que le podría dar a su compañero. El joven entró dentro y un momento después salió y dijo:

—*Quien puede contar los granos de la arena del mar o las gotas de la lluvia, o los días de la eternidad. Quién puede medir la altura del cielo, la anchura de la tierra o la profundidad del abismo. Eclesiástico1:13*. Si tú fueras la persona asesina que me cuentas, que está cubierta por el Mal, yo te entregaría este libro, solo el señor podría perdonar tus pecados, y sí, yo seguiría siendo tu amigo, las segundas oportunidades existen. Merci, haré una historia sobre el tema, el marqués de Sade era una persona fría y su éxtasis era maltratar y torturar mujeres. Él pasó tres años en prisión y cambió, se volvió una persona sabia, aunque luego volvió a caer en prisión por no querer firmar la sentencia de pena de muerte. Mirándolo, desde un punto de vista sí se puede, es duro, pero sí se puede. —La muerte no dijo nada y se ahorró comentarios.

—Muy bien, la verdad de esta vida es que predomina lo malo y a la vez lo bueno, pero la idea es aprender todo lo bueno, —ella sabía lo malo, y mucho más cosas que al joven Paulo no se le pasarían por su mente, aunque ya era el pasado, todo permanecía detrás, solo quedaba aprender, quedaba la luz del joven, la estaba guiando a través de aquel donde él habitaba.

—¿Y tu guadaña? ¿Dónde está? Nunca te he visto con ella.

—¿Guadaña? ¿A qué te refieres?

—¿No sabes lo que es? —Merci negó con la cabeza—. Un arma que utiliza la muerte para arrebatar vidas. Esa es la muerte del ser humano, todo lo opuesto a lo que tú eres, quizás algún día escriba un libro, aunque no sabría cómo sería de malo, ¿tienes alguna idea? —Otra vez, la muerte negó con la cabeza. El joven se encogió de hombros y segundos después le dijo—. Hasta la muerte puede sonreír, amaré, aunque será un poco difícil de describir, esa parte en la que siempre tu rostro está cubierto por una manta o capucha tan oscura

que yo no sé ni lo que es. Sería un buen libro, ¿no crees?

—Más —y se levantó y le dijo—, sí, quizás sea algo bueno. Ahora vete a dormir, que ya es tarde y ya tengo que irme.

—¿A dónde vas cuando desapareces?, por ahí la veo en otra dimensión, una a la que casi tú llegas, a esa dimensión oscura con las almas. —Pero antes que terminara de hablar ya no estaba.

«Nos culpamos a nosotros mismos, culpamos a la vida, al señor o a cualquiera, es lo primero que hacemos cuando cometemos un error. Tan ajenos y tontos somos que no podemos darnos cuenta que es el destino el que nos conduce a esos lugares donde no deberíamos haber ido nunca mientras el semáforo marcaba la luz roja, entre muchos es el arrepentimiento porque ya es demasiado tarde, es un gran defecto del ser humano, se da cuenta de lo mal hecho cuándo no nos queda de otra que afrontar la situación o escapar de las garras de la vergüenza. La muerte está a tu lado, así que camina con cuidado. Todo es pura mentira, no deberíamos cuidarnos de lo espiritual, sino de la carne y el hueso de cada persona, es su misma muerte, conoce el sentido de la vida y aun así usar sus dos manos como cómplice para quitarla. Miles de personas mueren a diario por infartos y, entre otros motivos, se culpa a la muerte, cuando en verdad la causa es humana, es lo que el hombre tiene que aprender: la perfección es imposible, pero podemos mejorar».

Paulo escribía en su mesa antes de ir a la cama, para el día siguiente ya tenía otros planes por hacer.

Capítulo 8

A l ver a Daniela se aproximó a ella y la saludó.

—El doctor me ha dicho que está mejorando.

—Sí, Paulo, gracias a Dios cada día sus síntomas son más positivos, y tú, ¿a qué te dedicas?

—A nada, le enseño a la muerte las cosas de la vida. —La joven lo miró y él no sonreía.

—Tú estás medio loquito.

—Eso dicen, ja, ja, ja, ¿y cómo sigue lo de tu novio?

La joven bajó el rostro y agregó:

—Todo igual, no he sabido nada de él desde que terminamos, ni tampoco quiero, tengo que agradecerte tus consejos, me han ayudado mucho.

—Eso me da mucha alegría, ¿qué vas a hacer por la noche?

—Termino a las seis, ¿para qué?

—Te invitaré a dar un paseo.

La joven frunció el ceño y le dijo:

—No estarás pensando… verdad… porque de boba no tengo un pelo.

—No, no pienses de esa manera, solo te invito porque sé cómo te debes sentir.

—Si es así, sí, te acompañaré esta noche, pero no podemos regresar tarde, sabes que trabajo.

—No sabes cuánto te agradezco tu trabajo, mi mamá es todo lo que me queda, si la llegase a perder, no sé qué sería de mi vida.

—Perderías a un ser querido, pero no te preocupes, yo te aseguro que tu madre se salvará, la esperanza es lo último que se pierde y tenemos que ser optimistas.

Él jugó con la aguja de la alegría en Hong Kong, de lo más alto corrió a su casa, había quedado en verse con la chica a las siete delante del gran Hotel, a solo tres manzanas de su casa. Se probó todo su clóset de ropa, tenía que usar su mejor atuendo, pero recordaba que la discreción debería ir por delante, si su orgullo lo dominaba solo por un segundo, podría perder. Solo le quedaba un problemita por resolver y estaba justo a su lado.

—Tengo una cita hoy, no podré charlar contigo.

—¿Con qué joven o amiga? Recuerdo muy bien que me dijiste que una cita es algo especial.

—Fue que me confundí y le hice una invitación a Daniela, esta noche quiero ayudarla a que supere lo de su exnovio, se ha portado de maravilla con mi madre y me duele verla sufrir.

—Yo no la vi sufriendo esta mañana.

—Por el lugar, cuando yo hablaba con ella sí, pero me quedé un rato más y, si sabes con quién voy a salir y el por qué, ¿para qué me preguntas?

—Hay que ponerte a prueba, aunque yo sé que eres de fiar y no me mientes.

—Eso no está bien, Merci.

—Te dije que me enseñaras lo bueno de la vida porque yo lo malo lo sé, pero para que llegues a ser sabio vas a tener que aprender todo lo malo y así estarás preparado. Hablando de eso, la joven está muy contenta. —Paulo dejó de hacer lo que hacía.

—Amigo, ¿qué dijo en cuanto me fui?

—No te diré nada, nada, tú has sido el que me ha dicho que hoy no íbamos a charlar y ahí está.

—Por favor, Merci, no me deje así.

El joven tomaba un aspecto de lástima en su rostro y sus ojos desprendían inocencia.

—Ha llamado a su madre y le ha pedido que le trajera ropa para salir con un amigo, el hijo de la señora que estaba cuidando, luego creyó que eras muy apuesto.

Los ojos del joven se encendieron, quería que las horas pasaran rápido.

—Gracias, eres mi mejor amigo.

—Unos minutos antes me dijiste que estaba mal espiarte y ahora te alegras de lo malo, nunca entenderé a la humanidad.

—Todo es de boca para afuera, las personas hablan y piden según necesitan, Merci.

—Te diré algo, Paulo, todavía no te he mostrado la verdad del ser, pero te puedo advertir: tienes que cuidar tus palabras, es tu lengua la que conduce a la muerte.

—No te entiendo, ¿qué quieres decirme?

—Que la lengua es la causante de ofensas, de vergüenza, de ella proviene todo tipo de insultos y barbaridades que pueden dar a conocer el ser humano, una sola palabra te puede llevar a la muerte, aunque también una sola palabra te libra de ella.

—¿Qué palabra es esa?

—¿Tú quieres ser sabio y no la conoces?

—Me lo dices o no.

—Perdóname, es la palabra divina.

—Ya que mencionas eso, ¿puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Cómo controlo yo mi lengua?

—Todas esas atrocidades convierten al ser humano en un necio. La lengua no puede ser domada de igual manera que los animales salvajes.

—¿Y de qué manera puedo yo controlar a este animal salvaje que llevo dentro de mí?

—Con sabiduría.

El joven se quedó inmerso en la duda, ¿la muerte estaba para aprender o para enseñarle a él cómo alcanzar la sabiduría?, y ¿qué planes tenía para sí mismo?, para ponerlo en controversia con el ser humano y la parca. Y en este caso tenía mucha razón, la humanidad tenía que aprender a controlar su palabra, cuando lograse esta obra, menos peleas, menos guerras y pocos muertos habría.

Capítulo 9

Y a era casi la hora de su encuentro y el joven se despedía de su fiel amigo, pero, antes de darle la espalda, la muerte le dijo: «Paulo, recuerda que todo es posible y la gente puede cambiar sin dañar su ser, espíritu o alma, se dice que no debemos cambiar quienes somos, sino la forma en que actuamos». «Observa la luna, un día resplandeciente y al otro solo brinda un tenue resplandor, pero mírala bien, no deja de ser ella, aunque cambia su forma cada día, sigue siendo la misma Luna».

El joven captó la esencia de la enseñanza y con una sonrisa en su rostro se despidió de Merci. Parecía que llegaba al cielo y los ángeles le recibían, eso fue lo primero que pensó, que esa joven tan bella de pelo largo y rubio como el sol siempre en el hospital lo había mantenido apresado con pellizcos y Felpas. Ya no era la joven que conocía, madura y llena de sensualidad, la que le tenía un poco atontado, esos ojos verdes encendían su ser, con cada mirada, un granito de amor caía en el saco de la ilusión.

—Estás divina.

—Gracias, me puse algo apropiado para compartir con un amigo. —Era mentira, ya Paulo sabía que hizo a su madre llevarle aquella bonita ropa—. Bueno, ¿dónde vamos? —dijo la joven observando a Paulo, que ella hacía medio atontado ante la huella de Afrodita.

—A donde tú quieras.

El joven no guardaba muy bonitas experiencias de su última noche de romance que nunca existió y se dejó llevar por el viento. Entraron a

ver una película, parecía que el destino jugaba con ellos y todo el mundo que se encontraba allí tenía una persona para cogerle de la mano y mirar los ojos en las escenas de puro amor. Los jóvenes se encontraban con cierta incomodidad, aunque, para decir verdad, Paulo sonreía a sus adentros, fue moviendo la mano poco a poco hasta unirla con la de Daniela, pero, cuando miró al lado y vio el ceño fruncido, él sonrió y se disculpó, todo fue porque se dejó llevar por el momento, luego la tomó por la mano y abandonaron el cine. Mientras comían en un bonito restaurante, un anciano se les acercó, cargaba una cesta llena de flores.

—Joven, ¿quieres regalar a tu novia algo especial?

—No soy su novio, señor, somos amigos.

—No tengas pena, hijo mío, en tu rostro se ve la alegría de estar al lado de esta joven.

A Daniela se le pusieron los cachetes color rosa y desprendía aire de pudor. Paulo muy orgulloso le tendió el dinero al anciano y tomó una hermosa flor, entregándosela a la joven, quien seguía penada. El anciano le dijo antes de marcharse: «Yo tú le diría de una vez lo que sientes por él y ahorrarás mucho que hablar, pero es verdad, es más bonito así poco a poco».

—Señor, ¿qué le hace pensar qué siento algo por mi amigo?

—Quizás puedas negárselo a él porque es un joven inocente que comienza vivir, pero no a este anciano, que lo sabe casi todo de la vida, recuerda que hace mucho tuve tu edad. —Luego se marchó.

La joven evitaba mirar a Paulo, sentía mucho pudor, ¿cómo supo el hombre que ella toda la noche había relacionado con amor y pareja al joven?

—Paulo, no te habrás inventado tú este numerito.

—No, olvida lo que te dijo ese señor, solo quería vender una flor, solo eso, nada más.

«Habrá sido cosa de Merci», pensó el joven. Luego salieron

caminando por la calle uno al lado del otro.

—¿Sabes? El doctor habla mucho de ti.

—¿Qué dice?

—Que eres un joven inteligente y que le has quitado el sueño en muchas ocasiones, llegó hecho polvo al hospital.

—Yo, ¿y por qué?

—Creo que le sorprendió una teoría que le explicaste acerca de la muerte.

¿Qué teoría era?, explícamelo a mí.

—No lo recuerdo.

—¿Cómo que no lo recuerdas?

—No sé, se me ha olvidado, ¿y tú qué crees de la muerte?

—La muerte, buena pregunta, dice en las historias que es el espíritu de Caín que vaga por la tierra con furia y que del que siente envidia le arrebata la vida.

—¿Eso es lo que tú crees de la muerte?

—No, te dije que eso cuentan las historias, yo no me preocupo por ese día, yo los vivo todos de igual manera. La muerte quizás solo sea una palabra, eso es todo. Bueno, ya es tarde y me tengo que ir.

—Te acompaño a coger un taxi, yo lo pago.

Mientras caminaban, Paulo no sabía cómo expresar lo que sentía y tenía que hacerlo, no podría dormir sin poder desahogarse. Daniela lo tomó por el hombro, cuando la joven se volteó, quedaron uno al lado del otro, más cerca de lo normal, el corazón con fuertes palpitaciones, un nudo en la garganta y la piel erizada. El joven no pensó qué hacer, usarla o desistir de la falta que acababa de cometer, le había prometido a la joven que solo era una noche de amigos y se apoyó en la ley de que acabó la ocasión, esperaba una reacción de ella que diera sentencia de su delito. Pero ahí estaban, con miradas chocando y que decían muchas cosas, la vida en el amor no había sido buena para

ninguno de los dos, que más daba probar, y lo abrazó.

—Gracias por darme una noche tan especial. —Se oyó un suspiro por parte de la joven.

—Yo también te lo agradezco, de veras la necesitaba.

La joven montó en el taxi y se mantuvo observando por la ventana hasta que el carro se perdió a lo lejos. Con ella se llevaba un pedazo del corazón de Paulo y le dejaba otro al joven.

—Ha ido bien. —Cuando Paulo observó, Merci se hallaba a su lado.

—Tú no cambias. —Pero no recibió respuesta, miró a su único amigo y le preguntó—. ¿Crees que sienta algo por mí?

—Yo de eso no sé nada.

—Pero tienes que aprender.

—Bueno, quizás pensó en darte una bofetada si se te ocurría darle un beso.

Los dos fueron caminando hasta el apartamento, eran las cosas de la vida, un joven y la muerte caminando por ahí, la luz y la oscuridad.

—¿El numerito del anciano fue tuyo?

—No.

—¿Estás seguro?

—Quizás te he ayudado un poco.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haberme ayudado a tener esta noche. Fue una noche feliz, cuando una persona hace algo por nosotros, funcione o no, se agradece de igual manera, pues la lengua contiene muchas cosas buenas.

—Nos vemos mañana, que descanses, mi amigo.

—Tú también, Merci, o ¿te puedo preguntar algo antes de que te

desaparezcas?

La muerte tomó asiento y era todo oídos a la espera de Paulo.

—¿Tú has tenido algún amigo?

—No.

—¿Y en tu vida pasada?, o algo así como lo que me cuentas que conociste todo lo malo, ¿tampoco?

—No quiero hablar de eso, todavía no es el momento, pero no, nunca tuve un amigo.

—Y no crees que es coincidencia que el que te envió a mí sepa que tú nunca tuviste un amigo y que yo nunca he tenido uno.

La muerte se levantó.

—Aquí no hay coincidencia, yo tengo un amigo verdadero y tú tienes uno, ya nuestro pedido fue dado. —Y se desvaneció con el aire.

«Hay veces que encontramos a la persona indicada en el lugar no indicado y en otras ocasiones la tenemos justo delante, pero no la vemos. La mía consistía en una monotonía relativa y la soledad ahora goza de dar más la esperanza y la ilusión. Merci, sé que en un final se marchará, extrañaré su compañía, por eso guardo la esperanza de poder seguir siendo su amigo y que nunca se vaya. La bella Daniela, ella es mi ilusión, lo que me mantiene alegre y dentro de una burbuja de la cual no quisiera salir, si pierdo a estos dos, no tendré de otra que hacer las paces con la soledad, que es la única que siempre te espera de brazos abiertos».

Capítulo 10

E

n la mañana no había nada más importante que acudir al hospital, el joven se sentía renacido, con ganas de luchar por lo que quería. Al llegar a la sala de su madre, una mujer un poco obesa, de pelo negro achatado, cuidaba a su madre, el doctor se encontraba justo a su lado, al ver al joven lo saludó y le presentó a la mujer, luego la sacó fuera de la sala.

—Paulo, ¿puedes decirme qué sucedió con el ángel?

—¿Ha pasado algo malo, doctor? —Paulo se asustó mucho, si le pasaba algo, Merci tendría que tener una buena justificación.

—No, no te preocupes, ella está bien. —El joven sintió un gran alivio por dentro, menudo susto se había dado.

—Ay, doctor, ¿por qué no cuida de mi madre?

El doctor suspiró y dijo:

—Yo no sé, en cuanto llegué, temprano en la mañana acudió a mi despacho, por su rostro parecía no haber dormido mucho, solo me dijo que necesitaba que la cambiara a otra sala.

—¿Y por qué, doctor? ¿No le dijo?

—No, Paulo, lo siento, solo me dijo eso, yo no le hice ninguna pregunta, solo la moví a otra sala.

—¿Dónde está?, necesito hablar con ella.

El doctor se quedó observando por unos segundos y miró en algunas direcciones. Luego le dijo:

—Me temo que me pidió que no te dijera dónde se encuentra su paradero. —Paulo se mostraba desilusionado ante esas palabras—. Espera, espera, una cosa es que me lo haya pedido y otra que no te lo diga. Se encuentra en la 107, sal por las escaleras y toma el pasillo a la izquierda.

—Gracias, doctor.

—Tu madre está mejorando cada día más.

—Pronto despertará, doctor, no se preocupe mucho, sé que pronto le abrirá los ojos al mundo.

—Parece que hablaras con la muerte, cada día me sorprendes más.

Caminó escaleras arriba un poco preocupado, ¿qué había sucedido tan rápido?, ¿se separaría la ilusión de Paulo?, no sabía que era traicionera y que cuando menos te lo esperas se rompe, ya le había sucedido una vez con Karla y no podía suceder de nuevo, tenía que hacer todo lo posible para que no pasará. Quizás era obra de la soledad que tenía celos y quería que todo volviera a la normalidad como antes cuando no había amigas ni AMOR por medio, cuando no había esperanza ni ilusión, cuando era ella la única que consolaba al joven en los momentos tristes y deprimentes que abundaban en su vida.

Caminó por el pasillo hasta detenerse frente a la puerta de la sala 107. La joven se encontraba sentada de espalda a la puerta, cuidando de un paciente. Paulo llamó con sus nudillos en la puerta. El corazón del muchacho empezó a acelerarse, caminó lentamente y se sentó en una silla enfrente de la joven, la cual estaba inmersa leyendo un libro: la vaca. Ya Paulo lo había leído una vez, trataba de hacerte entender que tú lo puedes lograr todo en la vida, solo tienes que proponértelo, nada más. La joven se quedó atónita cuando alzó la vista y vio aquel rostro lleno de ternura y preguntas que solo la observaba a espera de unas palabras. Pareció que el tiempo se detuviese en aquella sala, una lágrima de la joven se escapó de su ojo y Paulo rompió el silencio, sabía que algo no andaba bien y el cerebro del ser humano se machaca pensando en cosas que quizás nunca han sucedido, pero él tenía que

saber, no podía estar un segundo más sin respuesta.

—¿Qué sucede, Daniela? ¿Por qué te has cambiado de sala?

—Lo siento, Paulo, pero ha sucedido algo y no quiero estar a tu lado, lo siento mucho.

—¿Con tu novio?

—Lo siento —dijo la joven llevándose un pañuelo la cara.

El joven se levantó a las ciento y le dio la espalda, deteniéndose en la puerta y le respondió:

—Te deseo mucha suerte, Daniela, pero esto no era la forma, tú misma le comentaste a la señora de las flores que éramos solamente amigos, eso y nada más, éramos amigos.

La joven se volteó, pero ya Paulo no estaba, continuaba llorando y autodeprimiendose ella sola, de pronto sintió que la temperatura bajó en la sala cereza, sintió una sensación de escalofrío en todo el cuerpo, como si la muerte, un ser de otra dimensión, estuviese por ahí, luego todo volvió a la normalidad. Retomó la lectura, sin embargo, cuando bajó el libro para observar al paciente, la vio en la silla donde se encontraba Paulo, había una nota, parecía una carta de amor. La joven la tomó en la mano y la leyó:

"Para la persona que hace realidad mis sueños. Nunca podemos elegir a la familia, aunque sea la persona con quien compartimos la vida, si esa es nuestra decisión, ya tengo a quien amar en mi vida, a ese ángel que bajó del cielo, eres tú, Daniela".

La muchacha se llevó la nota al pecho y corrió a la puerta a toda prisa, pero ya el joven no estaba bajo las escaleras, como sucede muchas veces, ya era demasiado tarde, Paulo no estaba. Miró a todos lados, sin embargo, solo alcanzó a ver al doctor, que la observaba mientras se aproximaba a ella.

—¿Qué sucede, Daniela? ¿Has visto a Paulo? Ya se marcha, se le veía muy triste, me ha dicho que cambiará el horario de visita de su madre, ¿puedes explicarme qué ha sucedido?

La joven contó su versión al doctor, quien le preguntó: «¿y eso es cierto? Tu novio...». Pero la joven negó con la cabeza.

—¿Y por qué le has dicho eso entonces?

—Es que ya he sufrido mucho y no quiero que me vuelva a suceder.

—¿Y piensas que lo mejor es alejarlo de ti? Si es un buen muchacho y la puede dañar, ¿entonces porque corre por todo el hospital en su búsqueda?

La joven se quedó en un profundo silencio.

—Mira, te doy un consejo, organiza tu vida, admito lo que te haya pasado en el pasado, pero es borrón y cuenta nueva, si yo tuviera miedo de operar a una persona, no lo haría, sin embargo, no quedaría bien conmigo mismo porque es lo que siempre soñé, y en muchas ocasiones he cometido errores y las cosas han salido mal, aunque es eso, Daniela, errores. Tenemos que aprender de ellos y superarlos, si no siempre estaremos ahí junto a ellos. Es un joven inteligente y educado, no te has puesto a pensar todo lo que ha sufrido, perdió a su padre a temprana edad y la única que le queda en este mundo yace en una sala de este hospital en estado de coma.

—Soy una estúpida.

—No, no eres una estúpida, no digas eso, ahora comienza a vivir, a tu edad esas cosas suceden, solo tomaste una decisión. —La joven abrazó al doctor y le dio a entender muchas cosas, como muchas personas, se ahogó en un vaso de agua por no tener el suficiente coraje de seguir hacia delante, creyó que estaba mal, que todo lo malo le sucedía a ella en su miserable vida. Pero no era capaz de detenerse solo cinco minutos en un por qué o cualquier lado del mundo y darse cuenta de la cruda realidad, siempre hay personas más malas que otras, siempre va a haber personas que añoran tener lo que ellos tienen y en vez de lamentarse deberían sonreír, los problemas son grandes hasta el punto donde tú seas capaz de elevarlos.

—¿Sabes que te llama Ángel? —La joven negó y luego con su rostro alegre se despidió del doctor y ascendió escaleras arriba, todas

aquellas palabras causaron la explosión de la burbuja donde se encontraba, tenía una deuda con Paulo, se marchó y no vio ninguna nota encima de la silla, incluso no recordó haberla visto con ninguna en sus manos, fue después de ese escalofrío que apareció allí.

Paulo, con las manos sumergidas en los bolsillos, llegó a su apartamento, sacó la llave y abrió la puerta, y fue directo al balcón con una nueva caja de cigarrillos. Merci caminó detrás de él. El joven tomó asiento de un lado y la muerte de otro. Encendió uno y le dijo a su amigo:

—Solo me queda perderte a ti. —Pero la muerte no dijo nada, se quedaron solos ahí sin decir una palabra, Merci no quería herir a su amigo, él imaginaba cómo se sentía, ya la muerte comenzaba a saber todo aquello que esconden los sentimientos y las cosas buenas de la vida.

Pocos cuentos terminan con un final feliz y esas cosas que la muerte quería aprender casi nunca son las que aparecen de la noche a la mañana, la alegría se vuelve tristeza y lo bueno malo, los días en la noche, y hasta la luna cambia de cara. Todo resultó un poco complicado para entender cuando Paulo entró en su cuarto y volvió con un libro en la mano. Lo abrió y miró a su amigo.

—Ahí te leeré la realidad de la vida, en estas palabras escritas por el hombre más sabio que ha existido en este mundo y dice así: *"todo tiene su momento oportuno, hay un tiempo para todo lo que se hace bajo el cielo, un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar, un tiempo para matar y un tiempo para soñar, un tiempo para destruir y un tiempo para construir, un tiempo para llorar y un tiempo para reír, un tiempo para estar de luto y un tiempo para soltar de gusto, un tiempo para esparcir piedras y un tiempo para recogerlas, un tiempo para abrazarse y un tiempo para despedirse, un tiempo para desistir, un tiempo para guardar y un tiempo para desechar, un tiempo para rasgar y un tiempo para coser, un tiempo para callar y un tiempo para hablar, un tiempo para amar y un tiempo para odiar, un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz".*

Concluida la lectura, el joven cerró el libro y encendió otro cigarrillo, observó a Merci, que no decía nada, y dijo: «La vida lo es todo y no es nada, todo lo tienes y todo lo pierdes en cuestión de segundos, el día tiene veinticuatro horas, pero solo se necesita un segundo, yo agregaría a esas sabias palabras un veredicto final: “en la vida hay tiempo para estar en lo más alto y hay tiempo para estar en lo más bajo”».

El joven se levantó y agregó: «Voy a dar un paseo, por favor, déjame solo, quiero estar solo».

Salió por la puerta y Merci no dijo nada, solo atinaba a entender aquellas palabras llenas de sabiduría, escrita siglos atrás por mano de Salomón, rey de Israel, hijo de David.

La penumbra de la noche soplaba mucho más melancólica en su corazón, una luna desnuda desprendía un brillo que bañaba la ciudad, las personas sonreían a su alrededor, era una noche perfecta, pero sufría un destierro ajeno al de todo ser viviente en la tierra. Estaba destinado a abogar solo por las calles de Nueva York, solitario, efectuando el peregrinaje de la vida. Caminó hasta completar su búsqueda justo enfrente y lo miró a los ojos, no se encontraba predicando, aunque sostenía el libro en la mano.

—¿Puedo ayudarte, joven?

—Sí, necesito una respuesta. ¿Me recuerdas?

—Tal vez sí. Tal vez no.

—Todo me sale mal, no hallé la felicidad y he perdido casi todo lo que me importa en la vida, quiero que usted me diga, si esto existe, ¿por qué me sucede a mí?

—¿Y por qué no? —replicó el hombre.

—Perdón, no entendí.

—Sí, claro que entendió. Te pregunto, ¿por qué no debería de sucederte eso a ti?, ¿acaso eres especial a los demás?

—No —dijo el joven agachando la cabeza.

—Dime, tienes amigos.

—Solo uno.

—Y familia.

—Me queda mi madre, pero está en una cama.

—Pero tú estás aquí delante de mí, preguntándome por qué tu vida es tan miserable, Dios te dio la vida, te creó a su semejanza. Ven, mira. —Señaló a una de las tiendas—. Dime qué ves.

—Mi reflejo —dijo el joven.

—¿Y qué más ves? Quizás puedas notar algo más.

El joven observó una y otra vez, pero solo veía su reflejo, se volteó y negó con la cabeza.

—Ahí no hay nada.

—Yo sé que no hay nada, te encuentras solo tú, el problema no es Dios, el problema no son las personas que te rodean, el problema eres tú, tienes que encontrarte a ti mismo, cada ser humano tiene un propósito en esta vida y muchos se apartan del camino que se construye para ellos, tú no cometas ese error, antes de querer entender al mundo, aprende a entenderte a ti mismo.

El joven agradeció los consejos del predicador y le dio la espalda. Pero aquel hombre le dijo: «Todos estamos a prueba, Paulo, y, como dice la biblia, ay de aquellos que no sepan esperar con la suficiente paciencia cuando el señor los ponga a prueba». El joven notó algo fuera de lo común en las palabras de aquel hombre, lo había llamado por su nombre, él nunca se lo había dicho. Cuando el chico se volteó, el predicador había desaparecido. No estaba, «¿cómo pudo irse tan rápido?». El joven, algo desesperado, abandonó el lugar a toda prisa y decidió ir a aquel parque de diversiones al cual no asistió aquella noche con quién creía que era el amor de su vida. Entró, estaba muy animado, los gritos provenían de la montaña rusa, la gran altura de aquella gigantesca estrella repleta de bombillos de colores que se apreciaban desde cualquier parte de la ciudad.

Caminó entre la gente, ocultando su soledad, intentaba enmarcar su tristeza, fue cuando se detuvo frente al negocio de una bella gitana que tenía en sus manos una bola de cristal, el joven se acercó más y le preguntó: «¿Qué me puedes decir tú de mi vida?». Era una mujer de unos treinta años, con bellas facciones en la cara y pelo negro, y ojos pardos que la hacían ver como una reina en todo aquel parque de diversiones.

—Dime, guapo, ¿qué quieres saber tú de tu vida?

—Quiero que me lo digas todo.

La mujer puso su mano derecha encima de la bola de cristal y cerró los ojos, así pasó varios minutos hasta que le puso cara de sorpresa al chico.

—Ya lo sé todo de tu vida —afirmó la bella mujer.

—Pues dime algo.

—Te sientes solo, desafortunado, y piensas que el destino es ácido e injusto contigo, y que te castiga una y otra vez sin dejarte ver ni siquiera por un minuto la felicidad, piensas que nunca encontrarás una persona que te quiera y te torturas tú mismo sin mirar el futuro, todos tenemos nuestro momento, pero a veces le llega a unos más rápido que a otros.

—¿Cómo has sabido todo eso por la bola de cristal?

La joven disimuló una sonrisa y negó con la cabeza.

—Lo supe en el momento que te vi venir, con la cabeza abajo y, pues claro, tus ojos reflejan tristeza y soledad, los conozco bien porque ya los tuve una vez.

—¿Y encontraste lo que buscabas?

—Me lo ves en la cara, solo armonía brota de mí, soy muy feliz, tú deberías de buscar eso que amas, no pierdas tiempo y no te deprimas cada vez que eso sucede, nos marchitamos por dentro y eso es malo.

—Gracias —dijo Paulo mientras daba la vuelta y comenzaba a

caminar.

La mujer le clamó: «Recuerda que tienes un pacto que cumplir, en él hallarás la felicidad».

El joven se volteó, pero ya la mujer no estaba allí. Se asustó, «¿qué estaba sucediendo?, primero el que predicaba y ahora la gitana, algo raro estaba por pasar». Se introdujo nuevamente entre la multitud, perdido en la confusión, no se sentía bien, empezó a tener los mismos síntomas de aquella mala noche meses atrás, a duras penas llegó a un banco y tomó asiento, el sudor frío comenzaba a desaparecer y su cuerpo volvía a la normalidad, aunque se sentía un poco decaído, fue entonces cuando le escuchó a su espalda, se quedó en shock, no se había volteado y sabía quién se encontraba allí, sólo unos metros de distancia. Poco a poco se fue volteando con suavidad, entonces fue cuando la vio, hacía casi un año que no veía aquel rostro, no había cambiado mucho, pero se notaba un poco más madura. Karla se hallaba junto a un joven que compraba palomitas. Paulo la observó detenidamente mientras un puñal atravesaba su corazón, se levantó y se dirigió a la salida.

El cielo se nubló y comenzaron a aparecer iluminaciones de relámpagos acompañadas de fuertes truenos. El joven, con un nudo en su garganta, caminaba lo más parecido a un zombie por las calles de la ciudad. La lluvia empezaba a caer con delicadas gotitas escabulléndose del cielo infinito. «¿Qué más le podía pasar en aquel día?». Todo viene junto la felicidad y la desgracia, una llega y la otra se marcha. Mientras, su autoestima llegaba al suelo, «que de bueno tiene la vida si para mí no guardo nada. Para que existe la felicidad si no tengo de quién recibirla, para que conocer el amor si al final del día termino solo adquiriendo pensamientos negativos y esa chica a la que amo no me corresponde. Todavía existen personas que sueñan con alcanzar el existir de la vida eterna, piensan que la longevidad es un privilegio y quieren vivir siglos. No se dan cuenta del error que cometen, si algunos tienen éxito, verán la vida y la muerte pasar ante sus ojos y al final, siempre al final, quedarán solos envueltos en la agonía y siendo torturados por la tristeza».

La lluvia cesó y el joven, empapado en agua, se encontraba en la parte baja de su calle. Miró al cielo y las nubes le habría paso a la luna, que también la observaba a él. Bajó su cabeza y vio el reflejo de la farola en el charco de agua que allí se había acumulado, aún estaba turbia, pero en cuanto el viento dejó de soplar aquella acumulación de agua era un espejo. Paulo, recordó al que predicaba y su ejemplo acerca de sí mismo. Miró con curiosidad su reflejo en el cristal de agua, sin embargo, a su lado se observaba también el reflejo de la farola y a su otro lado vio la belleza de la luna nueva, por un momento pensó que había sonreído al viento, tomó su velocidad anterior, aunque el cristal permaneció intacto, las horas del aire no lo empujaba y el joven observó con mucha más atención el reflejo de sí mismo. Y entonces entendió. «Hemos vivido por lo que se nos ha contado, para mí en un tiempo fue bueno, aquel hombre al que llamé loco me acaba de enseñar algo muy importante para reconciliarme conmigo mismo. Antes no podía ver con claridad, pero ahora sí. No buscaré algo para cambiar, el cambio está dentro de mí. Miraré con ojos espirituales, no viendo hacia arriba. Así fuera, si no observo en mi interior, viendo mi sufrimiento, el dolor y el daño que me causa este pensamiento. Si veo hacia dentro, podré ver que el daño es mucho más grande del que me causa y vivo engañado buscando a ese alguien más. Si creo que esto es cierto, que no valga nada, que estoy destinado a vivir y morir, solo entonces nunca podré salir del error, si pienso eso, solo haré de un amigo. Ya no viviré detrás de la oscuridad y las tinieblas que apresan mi luz, si Daniela ya no está, ¿qué sucedería?, nada, si Merci se va, ¿qué sucedería?, nada, porque hoy me di cuenta que no estoy solo, a mi lado miro a una farola, una luna que me mira con atención y lo más importante, mi reflejo, nunca es tarde, mi mejor amigo soy yo».

El aire esta vez sí turbaba el agua y el joven, con sus manos arrugada, subió a su apartamento, abrió la puerta y movió el encendedor, espantando a la oscuridad, caminó al balcón y se sorprendió al ver a Merci en la misma posición que lo había dejado.

—¿Qué haces ahí todavía?

—Analizo las cosas de lo que hablaste. ¿Cómo te fue el peregrinaje solitario?

—Hay personas muy extrañas y otras tristes que me dañaron el corazón.

—Hablando de corazón dañado, la joven estuvo llamando a tu puerta por una hora.

—¿Qué joven? ¿De quién hablas?

—La del hospital.

—¿Daniela estuvo aquí?

—Dio unos toques y, al ver que nadie respondía, comenzó hablar.

—¿Qué decía?

—Rogaba que le abrieras la puerta, que todo tiene una explicación, que había sido una tonta, que nada de lo que te contó era cierto, que solo lo hizo por miedo.

La muerte se detuvo y Paulo, inquieto, le dijo:

—Dime por qué lo hizo.

—Lo hizo para alejarse de ti, porque siempre se está enamorando, luego se marchó, parecía que lloraba.

El joven suspiró a sus adentros, a pesar que el día había sido duro, aprendió una gran lección: el ser humano tiende a desvalorarse emocional y mentalmente, y eso no está bien, aunque todo el mundo te reproche y esté en tu contra, y te hagan pasar vergüenza, te sientas olvidado y piensen las personas que tú vales menos que nada, tómalos por necios, colócate frente a un espejo y abrázate a ti mismo, estás creado semejante al que hace, piensa qué puedo ser, y date cuenta que no eres menos que nadie, la vida tiende a maltratarte y eso es bueno, porque así sabes de lo que eres capaz de lograr, por eso frente a tu reflejo levanta la frente, saca una sonrisa y ríete de la vida, porque hoy fue triste y doloroso, pero mañana será otro día.

El joven se levantó y le dio las gracias. Tomó un baño y durmió

profundo, tuvo un sueño que solo fue interrumpido por una pesadilla que lo hizo saltar de la cama, se encontraba sentado justo al lado de su madre, llorando, no sabía por qué, pero lloraba, luego entendió al ver a varios doctores acercarse. Le hizo frente, aunque lograron sedarle, era el día esperado, su madre pasaría al otro mundo, él, aturdido, gritó Merci, sin embargo, luego despertó, cubierto por gotas de sudor y un ritmo cardíaco acelerado, era una pesadilla, solo eso, un suspiro de alivio emergió de sus pulmones y se perdió junto al viento. Aunque un pensamiento temerario se ocupó de él, recordando aquella inaudible historia del pasado cuando el faraón de Egipto soñó con su hijo, se tuvo que interpretar sobre las vacas flacas y las vacas gordas, tuvo miedo, el guía de Israel en ocasiones mostraba el futuro en sueños elegidos, después desechó la idea porque no se calificó como uno de los favoritos del señor.

Capítulo 11

El cielo se iluminó y Paulo no pensaba ir a ver a su madre hasta la hora de la tarde, cuando la joven no estuviera allí. Él sabía que nada malo le sucedería a Nylan porque Merci había pactado con él, pero ya eso no importaba, confiaba en que su amigo mantendría su palabra.

«Sé que suena raro confiar en la muerte, si se lo contase a Sasha, la haría reír, pero la deshonra más grande para una persona es desconfiar de sus amigos, ellos están para ayudar y tendernos la mano para levantarnos del suelo cuando caigamos, no siempre estaremos de pie. Sería el acto más cobarde del mundo traicionar a uno, y es más, ni a un amigo ni a nadie, porque la vida todo lo que va un día regresa, es la ley del karma. Haz bien y bien recibirás, aunque el valor del cuadro está en sus acciones, no todo el que promete cumple ni el que te da la mano es tu amigo. Yo por suerte encontré al mejor amigo del mundo, la avaricia no existe en su ser, el dinero, el oro, los lujos que dice el ser humano no son de su agrado, la envidia no lo llevará hacerle daño a ninguna persona y gracias a él sé algo que muchos no saben: hasta el alma más oscura puede brindarnos claridad. He aprendido, pero no sé nada de lo que escribo, solo sé que la muerte es mi amiga».

La tarde era fresca, el sol brillaba una tenue iluminación y él, portando un abrigo color oscuro, hacía su entrada en el hospital, evitando miradas. Una extraña sensación le acompañaba, el destino no podría ser tan cruel de ponerlo nuevamente delante de él. Se lo había prometido así mismo, nunca volvería caer en la tentación de aquellos ojos verdes que para él desprendían de todo. Su peor pesadilla se

volvía realidad al entrar a la sala de su madre y ver a Daniela a su lado. «¿Qué hacía la joven ahí?, ya estaba pasada una hora de su trabajo regular», se quedó paralizado en la puerta. La joven levantó su mirada y sus ojos verdes esmeralda recobraron el brillo perdido, ella disimuló una sonrisa y él le indicó que tomara asiento, justo a su lado. El joven caminó al lado contrario de la cama, ahora su madre se interponía entre los dos, estuvo allí unos treinta minutos de pie mirando a la que lo trajo al mundo y que él amaba tanto. Por el rostro de la joven empezaron a correr lágrimas, él no había hecho el menor intento por acercarse a ella. Mantenía un carácter recto y disciplinado, como si el joven de días atrás hubiese desaparecido.

—Fui a buscarte a tu casa, pero no quisiste abrirme la puerta o no estabas —dijo la joven, cansada de la ignorancia recibida.

Paulo acarició la cara de su madre y dio la vuelta con intención de abandonar la conversación que no había comenzado.

—Paulo —exclamó la joven levantándose del asiento y corriendo a abrazarlo por la espalda. Coló sus manos en los pectorales del joven y apoyó su cara húmeda en su espalda con numerosos gemidos de dolor —. Perdóname, fui una idiota, todo lo hice por una sola razón, Paulo, tienes que entenderme, por favor.

El joven no dijo nada al respecto sobre aquella obra de teatro.

—Me fui de tu lado no porque volví con mi novio, era solo la excusa que se me ocurrió en ese momento, me fui de esta sala, de tu compañía, por el bien tuyo, quería alejarme de todo lo relacionado contigo por una sola razón.

El silencio calmó la sala, tantos sentimientos allí acumulados en solo dos almas, dos jóvenes acompañados de un silencio infinito y corazones clamando amor, pero amor de verdad. Podría caer un meteorito o un tsunami, hundir medio mundo un volcán y tapar ciudades en cenizas, sin embargo, el amor es imposible de vencer, para eso se crean nuestros días. Llevan años no, siglos, intentando hallar los secretos de la biblia y este secreto se resume en una oración: “Ama a tus semejantes y bríndale amor al mundo”. Aunque Paulo no

se guio por consejos y se dejó llevar por el orgullo.

—¿Qué razón? —preguntó exactamente.

—Que tengo miedo, siento miedo de enamorarme de ti y luego perderte como pareja y como amigo.

El joven llevó sus manos suavemente hacia las de ella y las sacó de su cuerpo.

—Lo siento —dijo sin mirarla a la cara, y comenzó a caminar.

—Pero, la nota que dejaste, es que ya no significaba nada para ti —agregó la joven cayendo al suelo de rodillas mientras las gotas saladas picaban el suelo.

—Aaah, por favor, cambié el horario para poder estar solo con mi madre. —Y dio por concluida la charla.

Muchos ejércitos dan la impresión de ser invencibles, pero se quedan en eso, en impresión, en aparentar fortaleza, carácter y demás, aunque en el fondo son débiles, y así era el alma de Paulo, fingiendo lo que no era, y eso era malo. «Hoy pensé que nunca dejamos de fingir y aparentar algo que no suma, es algo que para siempre se apodera de uno sin dejarlo huir del personaje creado por la falta de confianza en sí mismo. ¿A qué nota se refería?, que yo recuerde nunca le he escrito una carta». Sintió frío, esa sensación era conocida, observaba a todos lados y no lo vio, Merci no aparecía. En cuanto fue a dar otro paso, cayó desmayado en el suelo.

Empezó a oír la voz de su madre que lo llamaba, le decía que por favor abriera los ojos. El joven, lentamente, empezó a abrirlos, sin embargo, una enorme luz opacó su vista. Fue adaptándose a la iluminación que lo segaba. Sintió la voz del doctor, pero cuando se dio cuenta se encontraba en una cama del hospital, sintió una punzada en el brazo y al mirar percibió el suero que drenaba, iba directo a sus venas. Miró al lado opuesto, todavía veía borroso y el doctor se hallaba sentado a su lado.

—¿Qué ha pasado, doctor?

—Me asustaste, Paulo, pensé que era algo relacionado con el accidente, pero no, para nuestra suerte solo fue una hipoglucemia, nada más.

—¿Ya puedo irme?

—Bueno, tus síntomas están bien y desde ayer se te han pasado varios sueros.

—¿Desde ayer?

—Sí, llevas muchas horas en estado inconsciente, si Daniela no te hubiese ayudado, estarías muerto.

—¿Daniela fue la que me encontró?

—Sí, y ¿qué ha pasado entre ustedes dos?

El joven se mantuvo observando al frente, sin responder la pregunta del doctor.

—Paulo, ¿me oyes?

—Sí, disculpa, entre nosotros nada, solo un malentendido. ¿Por qué lo dices?

—Ayer le pregunté que si se quedaría a cuidarte y me dijo que no. Me sorprendió su respuesta, lloraba mucho, no sé porqué, bueno, al final me dijo que tú no la querías cerca, pero esta mañana en cuanto llegó al hospital la primera sala que visitó fue esta, para mí que se ha enamorado de ti, yo tú no perdería una oportunidad así, es joven, bonita y sobre todo trabajadora.

—Gracias por sus consejos, doctor, pero me va bien solo.

—Bueno, solo me queda respetar tu decisión, ya puedes marcharte, pero, si te vuelve ocurrir, te ingresaré una semana, ¿está claro?

—Sí, no se preocupe, todo va a estar bien.

Al llegar al apartamento, una duda llegó con él: «¿dónde estaba la muerte?, ¿por qué no le dijo que se desmayaría? ¿Y por qué no se había presentado desde entonces? Nunca se pasaba tanto tiempo sin molestarlo». El joven caminó al balcón, donde el viento le acarició la

cara, y el recuerdo de aquellos ojos tristes plagados de sentimientos y nostalgia cruzaba los cielos y por momentos ocultaba el sol.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó la voz del otro lado del balcón.

El joven, con delicadeza y algo inseguro, miró a su lado.

—¿Dónde has estado?

—Responde mi pregunta. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Te refieres a Daniela?

—Sí, a esa joven que acabas de romper el corazón. Lo que con el tiempo será más que un cuerpo sin alma perdido en este infierno que ustedes llaman vida.

—Ya déjala, no quiero hablar del tema.

—Pero yo sí —afirmó la muerte levantándose—. Dime, Paulo, ¿qué te diferencia a ti de lo que ustedes llaman muerte?

—A mí, todo en absoluto, no quito la vida ni hago daño a la gente.

—Pero acabas de hacer algo muy malo por ti, esa joven caerá en depresión, intentará quitarse la vida por no poder mantener una relación, se sentirá impotente de sí misma y te dejará una carta culpándose de lo sucedido, entonces yo haré mi papel, recogeré su alma y la conduciré a su destino. Ahora dime, Paulo, ¿quién es el responsable de todo lo que sucedió, tú o yo?, ¿quién quita la vida de la joven? No fue un suicidio, fuiste tú mismo, en el momento donde no quisiste darle la oportunidad.

—¿Por qué me dices todo esto?, se supone que no sabes nada.

—Te dije que no conocía los placeres de la vida, pero todo lo malo goza en mi interior de una vida pasada, ahora intento evitar que tú sigas ese camino.

—Solo por rechazar una joven me reclamas como si fuese un asesino.

–No, solo empiezas rechazando a la joven, tu corazón va cambiando y se adapta, mientras más te desilusiones más frío te harás,

más tentaciones tendrás de hacer daño o pecar. ¿Y por qué no? Si a ti te lo hicieron, de igual manera enseñarás lo aprendido.

—¿Qué quieres? Que corra donde se encuentra y le pida perdón por haberle roto el corazón, pero luego le diga que solo le devolví el golpe porque el mío lo hizo un rompecabezas, ¿es eso lo que tú quieres?

—No, solo quiero que sigas por un buen camino y busques tú mismo las respuestas dentro de tu interior, tú eres el alma, el espíritu y el cuerpo, recuerda que tú aprendiste aquella noche.

—¿Te refieres a el predicador y la gitana? —Pero Merci no dijo nada.

Paulo sacó un cigarrillo, sus manos temblaron, comenzó a pensar en cosas fuera de lo común, no pensó que Daniela podría quitarse la vida por él, una joven tan bella y agradable, no, pero luego un pensamiento se alumbró dentro de él: si la joven acumulaba toda aquella tristeza revuelta entre sufrimiento y agonía, podría perder la razón.

—No lo hará, ¿verdad?

—No, pero solo quiero que entiendas que la vida es una sola, vive todo lo que me has enseñado, aunque no rebusques en el baúl de lo malo, te puedes extraviar sin encontrar el camino de vuelta a casa, ahora te haré una pregunta. ¿Qué diferencia tendrá el infierno de la tierra?

—No lo sé, pero supongo que todo.

—Nunca te has puesto a pensar en la muerte de las personas, niños, mujeres, familias, países enteros mueren, la humanidad es ciega.

—¿Estás diciendo que esto es el infierno?

—No, yo te aseguro que no, pero aquí hay traición, abuso, tortura, muerte entre todos los demás aspectos, ¿qué diferencia puede tener el infierno de la vida?

—Pero la Biblia dice lo que le conviene a los que la cuentan, en siglos ha tenido miles de interpretaciones y nunca nadie ha logrado

adquirir el mensaje del señor. Pero, ¿y el paraíso? No se espera todo, ¿no es verdad?

—Sí, pero la gente vive pensando en la otra vida, y esto hace que esta no la disfruten, recuerdas el lugar donde te llevaba tu padre, ahí todo el ser humano vive en un paraíso, lo que pasa es que son tan tercos que no se dan cuenta dónde estaban ni lo que tenían hasta que les llega su momento.

—Me está confundiendo, ¿la tierra es el infierno o el paraíso?

—La tierra lo es todo, Paulo, es la creación, es la unión, es la fusión del bien y el mal, hay hombres malos y hombres buenos puros de corazón, y hay gente que una manzana podrida podría valer más que su cuerpo y alma, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Que debo ir a buscarla y pedirle perdón.

—No porque yo te lo diga, mira tu corazón, deja que él te guie a tu destino. Yo solo quiero que vivas cada día de tu vida como si fuera el mejor, como si fuese el primero y como si fuera el último, que disfrutes cada placer a más no poder y sepas apreciar las caras buenas de la vida, como yo las aprendo de ti ahora, y recuerda siempre esto: cuando tus días terminen y tus ojos descansen para siempre, no sabrás cuál es tu destino ni a dónde irás, ni qué harás, recuerda estas palabras.

—¿Ya te vas? —preguntó el joven asustado, no quería perder a su único amigo.

—No, todavía tengo cosas que aprender sobre ti.

El joven terminó su cigarro y asintió con la cabeza a su amigo, pronto se haría oscuro y tenía que encontrarla, como decía Merci, no sabía si habría un mañana.

Capítulo 12

L

a penumbra tapó la ciudad hundiéndolo en las tinieblas, como se le llamaba antes de la creación. Se adentró a lo desaparecido, guiado solo por la dirección que una hora antes le dio el doctor, no era un barrio elegante, pero tampoco deprimente, un señor sentado en una silla debajo del poste de la luz leía un libro. Cuando el joven pasó a su lado, frunció el ceño, y Paulo descifró el título del material, era el juego del ángel. Se impresionó, ya había ejercido una lectura tiempo atrás, era uno de sus preferidos, siempre soñó poder hacer una novela perfecta como esa, le había encantado la magia del escritor. Caminó unas cuantas casas más hasta llegar a la dirección marcada en el papel, a simple vista, solo la puerta y la ventana más arriba ubicada la derecha daban entrada al aire libre, era una casa un poco extraña. Tocó lentamente el timbre, sintió unos pasos que se acercaban al llamado de la puerta, abrió y una tenue luz le iluminó un poco el rostro, una mujer de unos 40, de pelo negro y ojos pardos, le observaba fijamente.

—Hola, me llamo Paulo, ¿Daniela se encuentra?

—¿Eres amigo de ella?

—Sí.

—¿Y de dónde se conocen, del hospital?

Se introdujo en la casa sin decir nada, si era la madre de la joven, era completamente diferente a ella, su pelo, sus ojos. Segundos después, unos ojos esmeraldas retomaban su brillo al verlo, ella cambió su aspecto deprimente a uno digamos un poco mejor.

—Perdona, mi madre sabe quién eres, pero le gusta hacer incomodar a los que le hacen daño a su hija.

—Pero yo no te hecho daño.

La joven frunció el ceño convirtiendo los bellos ojos verdes en rojo, ¿cómo que no le había hecho daño si su aspecto delataba que el llanto no había cerrado desde su última conversación?, se dio cuenta que una vez más volvió a meter la pata. Daniela esperaba una disculpa que no tardaba en llegar.

—Lo siento, a decir verdad, sí te hice daño, podemos dar un paseo, necesito hablar contigo.

—Espérame un segundo.

Se introdujo en la casa, Paulo se separó unos metros de la puerta y miró en dirección al hombre que leía debajo del poste de la luz, ya no estaba, tomó aire, no sabía cómo iniciar aquella conversación, ya se había encontrado en una situación como esa, por un segundo pensó en desistir y correr, huir de algo tan fácil como pedir perdón a esa que comenzaba a amar, o a eso que sin mala intención había rasgado su alma. La joven cerró la puerta y lo miró, desprendiendo una leve sonrisa. Uno al lado del otro, empezaron a caminar por las calles en Nueva York, nada era diferente de la misma tierra, el mismo cielo, y dos jóvenes como miles por todo el mundo, que les resultaba difícil perdonarse a sí mismo.

—Siento haberte herido, fui un tonto que se dejó llevar por el orgullo, no sé para que leo los proverbios de Salomón si no soy capaz de adquirir ningún conocimiento, retira lo dicho, sí lo quiero, pero no lo efectúo, sin embargo, hoy solo quiero.

—Pero ya no digas nada, soy yo ya la que tiene que disculparse contigo, fui injusta, y ¿qué me dices de separarme de ti?, no sé bien porqué, sin embargo, lo hice.

La tomó por la mano y observó sus ojos, las personas pasaban a su alrededor, tan ajenas, sin percatarse de lo que sucedía ahí en ese momento, solo un minuto basta para poder pedir perdón. Años para

explotar todo el amor que sentimos, pero una vida entera para encontrarse a sí mismo. Se abrazaron fuertemente, quizás el viento tomó su partido empujándolos a ambos, una paloma blanca cruzó el oscuro cielo, afirmando una noche pura, una noche única, una noche de amor. Paulo colocó sus manos en la cara de la joven, no hubo palabras, solo un beso que rompía barreras. Cientos de personas caminaban a su alrededor, algunos miraban, sin embargo, no prestaban atención a una escena de amor igual a cualquiera vista en películas u obras de teatro. Pero la humanidad estaba equivocada porque ahí, en ese beso, dos corazones retomaban la alegría y el sentido de sus vidas, y más en este mundo donde lo que más importa es sentirse vivo.

Pequeñas gotas de agua descendían del cielo, que parecía conmovido por la escena tan pura que presenciaba, aunque el cielo sabía que el destino era así, un día trabajando la felicidad y al otro la desgracia. Ella comenzó a sonreír, pero no separó su rostro del de él, podía sentir su respiración.

—Vamos, que nos mojaremos.

—No, no quiero, ya nada me importa.

El joven abrió sus manos y observó hacia arriba.

—Ya soy feliz, hoy quiero que el cielo no, que todo el mundo sepa que te amo.

Los dos reían, se sentían cómodos el uno con el otro, como si se conocieran desde mucho. Comenzaron a caminar debajo de la lluvia tomados por la mano, el mundo daba vueltas, pero no importaba, cuando el corazón nos pide algo, tenemos que intentar lo imposible por complacerlo o se nos muere, y luego no tardaremos en perecer por la falta de sentimiento, que es a la que llamamos vida, a un sentimiento que nunca llegaremos a entender. Ya que añoramos tener un alma pura que nos diga de una vez que nada existe, que solo es un pensamiento al cual adaptamos nuestro cerebro, aunque eso nos hace feliz y deberíamos vivir así.

Ella vio a lo lejos, entre una multitud de personas que evitaban la lluvia, pero asintió con la cabeza. Paulo sonrió y Daniela le preguntó de qué se reía, él solo la miraba y le dijo: «mi único amigo ya aprendió lo que es el amor». La tomó por la mano y salieron corriendo, solo por un momento, por unos minutos, sin embargo, era feliz, no quería separarse de ella, sabía que en un trágico accidente podía echarlo todo a perder. Miró al cielo y la besó con tanta intensidad como si fuera la última vez.

—¿Sabes cuál es el mayor defecto de los religiosos?

—No, pero, ¿a qué viene eso?

—Es que solo se acuerdan del señor cuando están a punto de perecer, por eso Jesús los reprendía, es solo para citarte la razón de la existencia, todos tenemos una tarea en la tierra y hoy me siento bien, no cargo con la culpa.

—¿Qué culpa?, no sé a qué te refieres.

Él colocó su mano en su mejilla y la observó, el viento comenzaba a erizar su piel mientras el cielo aclaraba, dejando ver la belleza de un cielo oscuro plagado de misterios.

—La culpa de maldecirme toda la eternidad por no tener el valor de sanar en vez de dañar a la persona que amo, por no decir o pedir perdón. —La nostalgia se apoderó del cuerpo de la joven, quien se lanzó a abrazarlo fuertemente—. Hay etapas en la que no nos importa nada en el mundo y otras en la que nada deja de importar. La felicidad no proviene de lo material, con el tiempo ceniza y polvo será, hay que acabar en el fondo de nuestras amarguras y decepciones, hay que hallar lo espiritual justo debajo de la capa cubierta de mentira e ignorancia, pero no somos felices, caminaremos sin saber por qué lo hacemos, cuando en verdad deberíamos aprender a amar, a dejar toda duda y herida detrás, todo forma parte de una historia que nadie verá, vivamos el presente, espera las sorpresas que traiga el futuro. Nunca planees cómo será tu vida en el mañana porque, si ya lo sabes, para qué vas a vivirla, ningún gusto te dará.

El joven la acompañó a su casa, se despidieron con una ilusión en ambos corazones. Paulo salió camino a su apartamento, no se encontraba cerca de su casa, pero quería caminar, la noche trajo alegría y tenía que cerrar los ojos y despertar al otro día, esperando que todo no hubiese sido un sueño. Comprendió que en lo sencillo se halla lo bello, esta vez no fue a un cine ni a un parque de diversiones, solo caminaron como peregrinos, conociendo al lado espiritual de cada uno. En el Zahir Caeka habla sobre la falta de comunicación que existe en el mundo, ya nadie charla en grupos y muy poco entre parejas, es ahí donde se pierde la magia de la vida, la importancia de nuestra existencia, el sentido de vivir y conocer a una persona a la que dispondremos nuestro corazón o sus antojos a sus sentimientos, o que nos enseña la felicidad desconocida, o una aventura en nuestra alma, y juntos poder llegar a conocer el amor, esa sensación que irrumpe en nuestro cuerpo plagándonos de felicidad, no tenemos dinero, no tenemos lujos, no tenemos nada, pero somos felices porque nos aman y eso justifica todo, con eso son envidiados por millonarios o personas derrotistas que tienen que presumir delante de las demás para vivir con la triste mentira de que los aman, buscar a alguien con quien compartir sus lujos, aunque no tienen que darse cuenta, ya lo saben, ese alguien nunca los amará, solo goza de sus lujos, nada más.

Capítulo 13

A l despertar se percató que había dormido con su ropa mojada, no recordaba cómo había llegado a casa. Tomó una ducha, se vistió de sport, tomó el libro sagrado en las manos y comenzó a leer en voz baja. Al mirar por encima del libro, la vio en una esquina del cuarto.

—Te esperaba, Merci, quería leerte algo, sé que ayer aprendiste el más importante de los sentimientos y quiero que cierres esta etapa de aprendizaje con esa escritura tan interesante que nos transmite una sabia enseñanza.

La muerte caminó y se sentó a su lado en su lecho.

—Ahora le voy a mostrar un camino más excelente. *"Sí, hablo en lenguas humanas y angelicales, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido. Sí, tengo el don de profecía y entiendo todos los misterios, y poseo todo el conocimiento, y sí, tengo una fe que logra trasladar montañas, aunque me falta el amor, sin él no soy nada, sí reparto a los pobres todo lo que paseo y, sí, entrego mi cuerpo para que lo consuman las llamas, sin embargo, no tengo amor, nada gano con eso. El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso, ni orgulloso. No se comparte con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no queda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1 corintios 13:1-7)".* Es una clara confesión sobre lo importante que es el amor para nuestras vidas, el amor a nuestros abuelos, padres e hijos, etc., pero el amor apasionado nos hace vivir de nuevo, cuando se ama de verdad, no existen barreras, no hay fronteras, no hay muros a la felicidad. Ya no estamos atados por

completo a la soledad. Paz y tranquilidad, esperanza, bienestar y muchos sentimientos derivados de este, nos entregamos en cuerpo y alma a la mayor adicción del mundo: el amor. Espero que aprendas bien este sentimiento, es el más importante de todo, sin él no hay felicidad, y como dice el libro de vida: *¿te imaginarías un mundo donde no existiera el amor?* Antes de la creación ya existía, porque él nos ama y nos hizo a su semejanza, poniendo cada gota de su amor en nosotros, vio a Adán tan solo que se conmovió y le creó a Eva como compañera para que fuera amada, luego ya sabes lo que vino.

—Paulo, cuando nos conocimos, me dijiste que nada podrías enseñarme, pero lo has hecho, y sobre todo lo más importante, has aprendido mucho, todavía no estoy listo, aunque gracias, no podría haber tenido mejor maestro.

—Y yo un mejor amigo, y recuerda, Merci, por amor nos crearon, y por amor tú y yo podemos cambiar.

El tiempo transcurrió como nubes por el cielo, ayer llovió, sin embargo, hoy escampó, llegaba la luz y se marchaba las tinieblas, los capullos florecían y luego se marchitaban, pero la vida seguía igual, muchos optimistas y muchos pesimistas, la gracia y la desgracia, o la vida y la muerte, el ateo y el creyente, en cambio, muchos pasan días maldiciendo y culpándose a sí mismo, solo han tenido la desgracia en su camino, piensan que ya no son capaces y no saben lo capaces que son para lograr la meta fijada, abandonan la carrera antes de que suene el disparo que anuncia la salida. El amor es influyente y deseado, lo mejor que queremos de este como experiencia es el cambio, el cambio lo es todo, sin él no hay nada. El mundo lo hace, las personas lo hacen todo y desde el Génesis todo ha sido un cambio.

Capítulo 14

El viento los acariciaba, el sol, celoso, los quería para él, cubriéndolos con sus rayos, y las nubes pretendían ocultarse para que los dos jóvenes que iban de la mano paseando por las calles disfrutaran de su agradable sombra mientras el universo dejaba sus tareas más importante para después y corrió a presenciar el mar de amor que inundaba la ciudad, motivó la unión de dos corazones, fue tan fuerte el impacto que creó Cristo en lo más profundo de su alma que comenzó a brotar vida de ese manantial abstracto del que no vas a sentir algo especial, no vas a sentir que somos especiales, solo con su compañía ya tenemos y nos basta, y la realidad es adaptación en el cambio.

Tomaron asiento en un banco de piedra perfeccionado de granito en el parque frente al apartamento de Paulo, el olor a flores les hacía pensar que anduviesen en el paraíso, la tarde era perfecta, querían amor y que se les amara, querían dar y recibir, solo una persona que entendiera bastaba para desterrarlos de la burbuja atómica que les apresaba dándole el toque de una existencia absurda que con el paso de los años terminaría en desgracia o hundidos en soledad y consumido por su falta de confianza, ni la muerte puede conocer y aprender todo lo bueno que brindamos cotidianamente porque el mismo ser humano no puede.

—Paulo, para ti, ¿qué es la luz y la oscuridad?

—Te refieres al día y a la noche.

—No, me refiero a la persona, la de buenos sentimientos, y las

malos sentimientos, en fin, para ti, ¿quiénes son las personas malas y las buenas?

La joven, con mirada de ángel y ojos que desprendía un fuego de duda más potente que el mismo sol, esperaba la respuesta de su novio. Dos minutos buscando la mejor manera posible de enseñar mediante un ejemplo su forma de distinguir semejante pregunta. Sacó la cartera del bolsillo y la lanzó al suelo.

—¿Qué haces?

—Responder tu pregunta.

—¿Lanzando tu cartera el suelo?

La joven se quedó mirando la cartera sin recibir una palabra o enseñanza, al ver que no sucedía nada, se levantó del banco, caminó donde se encontraba la cartera y suavemente se agachó y extendió su mano hasta agarrarla con sus dedos, volvió a la posición anterior y caminó nuevamente para sentarse al lado de Paulo, colocándole la cartera en su pie, después de sacudirle el polvo adquirido de la madre naturaleza. El joven mantenía una tenue sonrisa y ella preguntó el motivo. Él explicó que al devolverle su cartera la convertía en una buena persona, al devolver lo que no era suyo, la otra opción era quedársela, lo que la convertiría en una mala persona, esa era su respuesta a la pregunta. Al ella no poner un pero, él entendió que tenía que explicar bien a fondo el asunto y le agregó: «la tierra es una sola y en ella habitan la luz y las tinieblas, ¿no te das cuenta, Daniela?, las personas malas y las buenas son las mismas, la única controversia entre ellas está, como te expliqué anteriormente, en el cambio, nosotros escogemos la manera de ser y actuar, eso nos dio el libre albedrío, somos quienes somos porque así lo decidimos, existe un solo ser humano que al igual que la tierra vive con el bien y el mal, hay gente que son luz, claro, y verdaderamente hay gente plagada de penumbra, hay gente que creen que sus actos reflejan luz y pureza, y la verdad caminan sobre la misma oscuridad de aquellas que repudian y llaman demonios, tan así que deberían pasar toda su vida detrás de la rejas. Así, Daniela, espero que entiendas la realidad de la vida,

nunca hagas el mal y este no vendrá ti».

Su rostro tierno desprendía orgullo y delicadamente recostó su cabeza al pecho de su amado, el sol se alzaba sobre las nubes y nuevamente se escondía, sintió pudor, que lo vieran llorar por solo ver a una pareja acurrucada como una sola, usó las nubes como sábanas y se dijo a sí mismo: con dos que se quieran basta ya, el universo se encuentra feliz.

El joven, sentado en su balcón, solo pensaba en su madre, ya la extrañaba demasiado, sufrió mucho en los primeros días de la ausencia materna, quería terminar con su prueba porque así terminó identificando la presencia de su amigo. No era un pacto, después de leer la biblia en varias ocasiones, conoció la verdadera razón de su pasado gris, el señor nos pone a prueba. Entendió que de lo bueno siempre se saca algún provecho, pero los sabios aprendieron a aprovechar lo malo. Una paz serena dominaba su cuerpo, sabía que solo uno era perfecto, se sentía tan bien, pronto recuperaría a su madre, tenía la mujer con la que siempre soñó, pidió felicidad y se le fue dada, y conoció algunos misterios de la muerte, sin quitar que era el único ser humano en la tierra capaz de enseñar a la misma. La noche comenzaba a regarse por el viento de lluvia, que erizó la piel del joven, fue cuando una paloma blanca se puso delante de él, sus ojos eran rojos de príncipe negro, movió su cabeza de lado a lado hasta quedar en estado atónito, observando a Paulo, que desconocía el mensaje. El aleteo al marcharse esparció invisibles ondas de aire que llegarían hasta el cielo, impulsadas por las ráfagas, el chico observó su partida, luego pensó que ahí iba otro misterio de la vida del que jamás recordaría, porque solo fue eso, un misterio. Sobre su cabeza, la idea de que hubiese sido maldecido hasta el momento, Merci no había desatado mal en su vida. Sabía que en la religión se cita a las maldiciones, existía la ley, un libro, pero recordando la historia que le hizo su padre cuando era solo un niño.

En un pueblo de la ciudad de Camagüey, en Cuba, llamado Santa cruz del Sur, existía una leyenda verdadera acerca de la catástrofe del siglo XX donde

perdieron la vida miles de personas. Se decía que en verano hacía mucho calor, pero ese día el sol castigaba a la tierra con llamas desafiantes, una anciana peregrinaba por las calles de Santa cruz, llevaba un pañuelo cubriendo su cabeza y apoyaba todo el peso de su cuerpecito jorobado en un viejo y demacrado bastón. Llegó a la puerta de una casa perteneciente a un gran dirigente y pidió un vaso de agua.

Fue negado y expulsada sin misericordia de la casa. Desde la calle, la anciana exclamó que hoy negaron un vaso de agua, pero que pronto esto le iba a sobrar. Cuando los dueños asomaron su vista, ya la anciana había desaparecido. El pueblo se asustó, nadie la vio venir ni tampoco nadie la vio marcharse, corría el rumor de que se trataba de una bruja. Un mes más tarde, el mar se recogió unos 3 km hacia detrás, tiempo después un tsunami tapó Santa cruz del Sur, convirtiéndose y quedando para la historia como la catástrofe más grande ocurrida en Cuba. La leyenda de la anciana corrió como bola por todo el país.

Merci no tardó en aparecer a su lado, provocándole la sensación escalofriante de siempre, las nubes se acoplaban delante de la capa oscura y formaban un cielo apedreado, daba la sensación que pronto llovería.

—Es hora de que te cuente mi historia, Paulo.

Los ojos del joven se abrieron, ¿de qué hablaba Merci? ¿Contaría el enigma de su vida parada?, de lo que él no sabía absolutamente nada. Sintió miedo de lo que podía decir su amigo, quizás dañaría su relación, que tan fuerte como el hierro se rompe de fácil como el cristal, pero no tardó en darse cuenta que ya era el momento de saber el oscuro pasado. Sabía que era oscuro, uno no tiene el puesto de la muerte por buenos actos, algo muy malo tuvo que suceder en la vida de Merci y por supuesto él prosiguió dándole la palabra a la muerte,

quien inmaculada detrás de sus telas negras se colocaba en el lugar de siempre. El pavor corrió por las venas del joven al ver la paloma blanca aparecerse delante de Merci, para en la siguiente ocasión aletear nuevamente e irse lejos, parecía que estaba allí para también escuchar la tragedia y triste historia de la muerte. Un tenue susurro de un silencio inmortal se interponía entre lo vivo y lo muerto.

—Paulo, quiero hablarte del significado del odio negro… —El joven, sin despegarse de la expresión atónita desde la llegada de la paloma negra, introdujo sus manos sudorosas en los bolsillos de su pantalón—. Lo que te voy a contar es lo más importante de nuestra amistad, guárdalo en el corazón, no malinterpretes el odio negro como una virtud, sino como un tabú para tu vida, para muchos lo malo no es bueno, pero hay que saber de él, descubrirlo y conocer cómo desterrarlo de nuestras vidas.

El joven era todo oídos y sus ojos estaban fijos en la paloma, que espulgaba sus plumas con su pico, el cielo se hallaba molesto, las nubes habían ocultado su belleza para escuchar la triste historia de un alma destinada a presenciar los momentos más tristes de la vida: las despedidas sin regreso.

—Yo era periodista, vivía en total felicidad con mi mujer y mis dos hijos, el varón tenía doce años y la hembra dos. Entrevisté, gracias a muchos contactos, al mayor representante de un grupo terrorista, gente que no conoce el pavor, que tienen instinto asesino, pero que lo hacen por una causa: por su país. Ese día compartí una tarde aceptable con aquel terrorista, él quedó satisfecho, yo hice las preguntas y él respondía, hasta nos tomamos una copa. Antes de encapucharme para que fuese sacado de allí, uno de sus hombres trajo una carpeta, la colocó encima de la pequeña mesita que separaba al asesino de mí, y este la abrió instantes después. Eran fotos de mi familia, yo me asusté y le advertí que, si se le ocurría ponerle un dedo encima a alguno de mis hijos, me lo pagaría. El hombre sonrió y despejó su aspecto frío, me dijo que nada de eso sucedería, él solo me mostraba las fotos para que yo entendiera que, desde que pedí la entrevista mediante mis contactos, ellos investigaron mi vida pasada, desde mi nacimiento

hasta ese día, imaginé que gracias a la ayuda de sus contactos recopilaron toda la información, en fin, todo en la vida se haya más fácil con contactos. Me dio su palabra delante de su Dios, al que ellos tenían como guía de la vida, y aseguró que mi familia no recibiría ningún daño. Un mes después yo me encontraba en el periódico y recibí una llamada, el carro de mi esposa había explotado con mis dos hijos y ella dentro. No dudé un segundo que era obra del grupo terrorista. Todos los periódicos de la ciudad lo tenían en primera plana, yo, arrastrándome hasta el fin del abismo espiritual, pasé el último año investigando todo acerca de la explosión. Un tiempo después aquel que me dio la entrevista cayó en prisión, mediante algunos contactos logré hacerle una visita poniendo la excusa de una entrevista para el periódico. Me senté frente a él, al verme sonrío de la misma manera que lo hizo aquella vez y, antes de que yo hablara, me dijo: «sé por qué estás aquí y, antes que preguntes algo, te diré que juré por mi Dios ante ti y mantuve mi palabra». En su rostro noté sinceridad, como en aquella ocasión años atrás. Asentí con la cabeza, me paré de la silla y abandoné la sala. Semanas más tarde me llegó un paquete a la oficina, al abrirlo me di cuenta, gracias a la nota que llevaba detrás, que me lo enviaba el jefe del grupo terrorista que se hallaba en prisión, mediante sus contactos supuse. Era una cinta de video. Abandoné el periódico y fui a toda velocidad a mi casa a ver aquella cinta, las manos me comenzaron a temblar, sudorosas de impresión y miedo. El paquete traía el expediente del hombre que colocó la bomba en el coche de mi mujer, el hombre que yo testificaba con mis propios ojos delante del televisor era de la policía del país. Al tiempo entendí de qué se trataba, fue un autoterrorismo planeado por el mismo gobierno de mi país para culpar a los terroristas de otro acto inhumano. Lo que no sabían era que su jefe me había dado su palabra. Eliminé a un par, uno de aquellos que fueron culpables de la destrucción de mi alma, luego me haría un grupo terrorista, si el gobierno quería muerte, pues muerte le daría. Pronto resalté en el grupo por mi inteligencia y frialdad, hice cosas de las que me he arrepentido toda mi vida y dirigí a aquellas personas. Por favor, no busques acerca de mí, prefiero que me veas como la muerte y no como

aquel que fui en el pasado. Todo sucedió porque el odio negro se apoderó de mí, con toda aquella información, podía haber acudido ante el mismo presidente, quizá, si no estuviese implicado en el asunto, se hubiera hecho justicia, pero mi alma clamaba venganza, la ira, todo lo malo, fluía por mis venas, terminé olvidándome de todo lo bueno de la vida, cegado por el odio negro, y condenado a vagar por la tierra como ustedes me llaman: un espíritu inmundo.

—Lo siento por tu familia, pero, como dijiste, siempre tenemos otras opciones, tú elegiste una mala, la más mala opción, te equivocaste, pensaste que la venganza adornaría tu cielo, que padecía en una tormenta de sufrimiento, un llanto seco devastó tu paraíso transformándolo en tinieblas, la vida es como un libro, nunca será perfecto, siempre acompañado de dudas, críticas y, pues claro, no todos tienen un final feliz.

La paloma blanca caminó por la baranda, deteniéndose enfrente de Paulo, abrió sus alas y una fuerte luz aplacó la vista del joven. Poco a poco la iluminación pasó a un estado tenue, hasta que desapareció por completo. Intrigado, observó a Merci, que solo comentó que en la vida hay enigmas sin diferenciales, que las respuestas están en el fondo del corazón, donde él erró, dejándose arrastrar por las corrientes de la maldad, dominado por el odio negro que una vez entró en su casa y casi imposible de desterrar.

—¿No te da ninguna sensación mi pasado?

—¿Por qué debería, Merci?, como tú lo has dicho, es el pasado y tú eres mi amigo, yo estoy aquí para escucharte, apoyarte y decirte que hiciste mal, que provocaste mucho daño, pero hay otra oportunidad y yo te perdono.

La muerte, suavemente, se levantó, caminó a donde su amigo y le dijo: «te has vuelto una persona sabia, diligente, pero sobre todo humano. Él nunca se equivoca, tú eres el elegido, sin embargo, ahora tengo una pregunta, Paulo, dime la diferencia entre la esperanza y la fe.

Al joven aquello lo tomó por sorpresa, nunca imaginó semejante

pregunta, pero tenía la respuesta, le explicó a su amigo que la esperanza nos mantiene con aliento, es la espera de que algo pase en nuestra vida, un cambio que favorezca nuestra situación en el amor, la casa, tus negocios etc. La gran diferencia de la fe es que, aunque demore un poco más de lo que esperamos, en el fondo de nuestra alma, espíritu y corazón, sabemos que tarde o temprano sucederá. Mantenemos la calma, la paciencia y la disciplina, nuestro regalo llegará sin duda, los obstáculos se superarán y no es correr rápido, sino llegar a la meta.

De un chasquido de dedos, la muerte desapareció.

Epílogo

A l despertar al día siguiente no pensó en el asesino que había rehabilitado, no pensó en él, no pensó en Daniela, por su cabeza solo pasaba una cosa: su madre pronto abriría los ojos gracias a él. Ya no se sintió insignificante, sabía lo que valía en carne propia y entendió que hasta el insecto más pequeño de la tierra tiene gran importancia para la vida.

Se adentró lentamente a la habitación del hospital, su amada le mostró una sonrisa, el doctor, sentado a su lado, lo saludó con su mano, por la expresión de su rostro algo bueno iba a suceder. Besó a la joven en los labios y estrechó la mano a su salvador cuando el doctor de buena gana le contó la impresión que obtuvo su cuerpo al ver los síntomas de su madre. A sus adentros, Paulo sabía que pronto se levantaría, pero también sabía gracias a quien. Agradeció al doctor su ayuda y sacrificio, a pesar de la gran admiración que sentía por él. Estuvo observando a su madre varias horas, tomado de la mano de Daniela, una habitación plagada de nostalgia y esa pregunta: ¿qué gana la gente con ser mala y dejarse consumir por el odio negro?, ser perseguidos o pasar toda su vida detrás de las rejas habiendo tanta felicidad en la tierra, aunque solo lo sabemos cuando conocemos quiénes somos en verdad.

Acompañó a su novia hasta su casa, prometiéndole volver en la noche para presentarse ante su madre de manera formal.

La oscuridad abrazaba la ciudad, delatando el fin del día. Él caminaba por la calle como peregrino, pero la verdad era que parecía un zombie del amor, ¿de qué vale una larga vida si no tenemos con

quien compartirla?, eso había sido un problema antes de encontrarse a la muerte, que lo llevó a encontrarse a él mismo con la profundidad de las confusiones cubiertas por la seguridad absoluta de no ser nadie. También supo que para toda pareja en el mundo era especial amar y ser correspondido, era algo bello, puro, un momento único en la vida, haría todo lo posible por ser el mejor novio que ella hubiese tenido nunca, se habían cerrado las heridas de su alma y recordó la frase de su escritor favorito acerca de las mujeres: “hacerle daño a una mujer es como arrancarle un pétalo a una flor. La despojarás de su belleza y marcada quedará por toda la vida”.

Merci, que caminaba a su lado, le preguntó:

—¿Cómo te sientes, Paulo?

—Me siento fenomenal, hacía mucho tiempo que no me sentía así.

—Qué bueno, amigo mío.

De pronto, un carro que venía a altas velocidades se pasó la luz roja y fue chocado por otro, Paulo se llevó un buen susto, pero sin pensarlo corrió a prestar ayuda. En verdad, cuando llegó al carro fue donde se asustó en serio, una mujer con múltiples golpes en la cabeza se encontraba desmayada y cubierta de sangre, al observar cuidadosamente, a su lado iba otra persona, su corazón latió tan fuerte que estremeció su cuerpo, comenzando a sentir náuseas y mareos, era él quien estaba cubierto de sangre al lado de su madre en aquel auto. Comenzó a agitarse sus pulmones y los mareos aumentaron, sus ojos empezaron a cerrarse, no entendía nada, fue girando lentamente mientras sus piernas podían mantenerlo de pie y, al observar hacia atrás, Merci le movía su mano de un lado a otro, como despidiéndose. Sus párpados no aguantaban más y cayó desmayado en una oscuridad tan profunda que no podía abrir los ojos. Fue entonces que, sumiso en las tinieblas, escuchó una voz salvadora. Una voz que él conocía.

—Paulo, ¿me oyes?, Paulo.

Poco a poco, la oscuridad fue disminuyendo, al principio veía borroso, pero en un par de minutos sus ojos se adaptaron. La

confusión entró en su cabeza. «¿Cómo él se encontraba en una cama del hospital?», su madre estaba justo al frente, con su cara empapada en llanto. Daniela a un costado y el doctor a su lado, tomándole el pulso y anotando en su libreta. Solo el tiempo le dio las respuestas de lo que ocurría: Su madre nunca estuvo en coma, su pacto con Merci no salvaría la vida de ella, sino la de él. La joven Daniela siempre estuvo cuidándolo en los días y las noches, e incluso un predicador iba todas las semanas a orar por él. Con el tiempo se dio cuenta de que aquellos días al lado de Merci solo existieron en su cabeza, al menos eso pensaba él. Hasta que tiempo después, parado en su balcón, la vio parada justo debajo del edificio donde todo había comenzado en su mundo de estado de coma. Restregó sus ojos, volviendo a mirar, sin embargo, allí estaba, su capa negra descendió mientras salía a la luz un hombre sonriendo y saludando como el mismo Merci hizo cuando se despidió de él, luego levantó el pulgar muy alto en forma de que algo bueno se había logrado. Paulo entendió, sus ojos se llenaron de lágrimas mientras también levantó su mano estirando el pulgar. Segundos más tardes, aquel hombre sonriente se desvaneció en el aire, sacando las dudas del corazón del joven y dejándole una alegría eterna en su alma. Minutos más tarde sonó el timbre de la puerta y se escuchó la voz de su madre.

—Paulo, corre, la señorita Daniela ha venido a visitarte.

Solo una sonrisa de pura alegría salió del joven. Aprendió mucho… aprendió que él podía ser muy feliz… *porque hasta la muerte puede sonreir.*

Agradecimientos

Quiero agradecer, de todo corazón, a Meilyng Aladro por todo su apoyo y sacrificio para que esta obra fuese concluida.
También a mi gran amigo y pintor, Leandro Sosa Pérez, su pintura fue de gran ayuda.

Sobre el autor

Eduardo Padrón nació el 16 de mayo de 1997 en Ciego de Ávila, Cuba. El autor de *El Tigre de Las Cascadas* actuá mediante su imaginación ya que nunca estudió letras, fue en un momento de crisis en su vida que, a los 21 años descubrió su amor por la literatura y se lanzó sin miedo a la crítica.

Puedes seguirlo en: Instagram: @eduar2escritor

Créditos

HASTA LA MUERTE PUEDE SONREÍR
©2023, Eduardo Padrón Zequeira.
©2023 de la presente edición en castellano para todo el mundo.
Diseño de portada y dirección de arte:
©Tulipe Noire Studio
contactotulipenoirestudio@gmail.com
***Primera edición**:* Abril de 2023
***Sello**:* Independently Published

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial, adaptación, distribución, en cualquier medio impreso y/o digital, de las obras en este perfil compartidas por cualquier medio o procedimiento. Historia original, no es adaptación, ni traducción.